

EL MOTÍN

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid y provincias, trimestre 1,50 pesetas.
—Ultramar y Extranjero, 10 pesetas año.—Número suelto, 10 céntimos.—Atrásado, 25.—Corresponsales, 25 números, 1,50 pesetas.

SOBRE ESA QUISICOSA

Si Roberto Castrovido no me echase tantos piropos en el artículo que ha publicado en *El Pueblo* de Valencia, al comentar el mío del número anterior sobre eso de la concentración para uso particular de Martín de Ollas, yo diría aquí algo de lo mucho bueno que de él pienso, como hombre (esta es la primera cualidad) como periodista y como literato. Pero no me da la gana de que alguien nos eche encima la manoseada coplilla de *dos buenos mozos sé, y, por lo tanto, reservo mi elogio para ocasiones más oportunas*.

Limitándome en estos renglones a cosa más pequeña, esto es, a eso que llaman Concentración democrática, diré al amigo Castrovido que, bien mirado, no deberíamos ni nombrarla, porque ni eso es *naa*, ni ha de influir para nada en lo que debemos hacer si estamos decididos a salvar esta pobre España.

Y lo que hay que hacer, y no otra cosa, es algo hermosamente brutal, justiciariamente revolucionario, que transforme por completo la manera de ser de una sociedad podrida y encanallada, según confesión de propios y extraños.

Y todo lo que no sea hacer esto es politiquilla de bajo vuelo, combinaciones de la impaciencia vetusta, desfloramiento de ambiciones risibles, deseo de estar en escena con cualquier pretexto; quizás en alguno imperiosas exigencias de otra índole... Disculpables debilidades serían éstas en otros instantes, pero no en éstos donde toda la entereza es poca, toda la abnegación insuficiente, toda la energía escasa...

Porque miro usted, amigo Castrovido, que venirse a estas alturas algunos republicanos con soluciones basadas en el patriotismo de los buscavidas y los inepetos de la restauración; ponerse a las órdenes (ó al lado, me es lo mismo) de los Canalejas y López Domínguez, de los Maura y los Navarro Reverter, para echar un remiendo a la monarquía, es de lo más absurdamente risible que he visto en política; y más si se tiene en cuenta que se procura por el procedimiento del timo, del timo, si; que no otro nombre merece el hecho de sacar firmas a los republicanos para felicitar a Castelar por haber recobrado la salud, y basarse en ellas luego para dar a entender que sus autores pertenecen a determinada tendencia.

Además, como dice usted muy bien en el artículo de que copiaré algunos párrafos a continuación de este, ¿quiénes son los que se han erigido en testamentarios de Castelar, para proseguir la obra política que su muerte dejó interrumpida? Viviendo él, hubieran podido ayudarle eficazmente como los generales a Alejandro en sus victorias; muerto,

les está reservada la suerte que a los generales de Alejandro.

¡Triste destino político el del grande hombre que admiró al mundo como orador! Sirvió a la República como nadie, y contribuyó como uno de tantos a perderla. Trabajó porque la democracia encarnase en la restauración, y el clericalismo domina en España. Quiso redimir en parte sus culpas volviendo en sus últimos momentos a medias sus ojos hacia los republicanos, y los que se le pusieron al lado clavaban ahora su memoria en la cruz de la apostasía y ponen su pensamiento político a los pies de un López Domínguez.

Mucho peccó; pero, seamos justos: no merecía tan afrentoso *lirri*.

JOSÉ NAKENS

CONCENTRACIÓN DEMOCRÁTICA

Si Castelar levantara la cabeza y viera cómo ejecutan su última voluntad política los que se han erigido en sus testamentarios, ¡qué de cosas diría, si es que no se volvía a morir desesperado y aburrido al verse tan mal entendido y tan torpemente secundado!

Pero si no volvía a morir más que de prisa, si se quedaba en el mundo unos instantes, habría que verle guñar nerviosamente el ojo izquierdo, poner un gesto desdenosísimo y proferir con voz suave y atiplada burlas sangrientas, chistes ingeniosísimos a costa de sus testamentarios, de sus amigos póstumos, a muchos de los cuales odió en vida muy cordialmente.

¡Pobre Castelar! ¡Pasarse la vida propagando la libertad y la democracia y la República, para morir viendo amenazada la libertad y la democracia y muy tardía la República! ¡Leer días antes de morir un discurso a guisa de testamento político y encontrarse con que sirve para engendrar un nuevo grupo, uno de esos grupitos calificados de microbios por el gran orador! ¡Pobre Castelar!

Abogó por un centro para una concentración democrática amplísima, equidistante de la reacción y del radicalismo, huyó como de la peste de formar un partido más, atento únicamente a ofrecer al país una solución ante futuros é inevitables conflictos dentro de una República conservadora, creada por todos y que había de servir para todos, sin exclusivismos de ningún género.

A esto se reducía la última voluntad del gran Castelar. No es ocasión de discutirlo; lo es de afirmarlo contra las tergiversaciones de los llamados concentrados ó concentradores. ¿En qué acto, en qué dicho de Castelar habrán encontrado Sol y Ortega y Pérez Costales, algo así como el nombramiento de testamentarios? ¿Ni en qué párrafo del discurso de 5 de Mayo se basarán para convertir ellos cien mil hijos de Martín de Ollas en guardia de honor del general López Domínguez?

«La obra del último presidente de la República era personalísima. Muerto él, nadie debe de mover sus armas si no es capaz de compararse en fuerza, en prestigio, en historia, en talento, a don Emilio Castelar.»

ROBERTO CASTROVIDO

¡UN SANTO!

«¡El santo; que viene el santo!»
Así la gente gritaba y frai Juan aparecía vistiendo estameña parda, ceñido de tosca cuerda, capucha enorme en la espalda, la vista siempre en el suelo y las manos en las mangas. La muchedumbre le cerca y, presa de febril ansia, besa del fraile el cordón, el hábito y las sandalias. Todos dicen: «¡es un santo!» y él con marcha mesurada,

atraviesa entre los grupos, la vista al cielo levanta y fervoroso bendice a la plebe arrodillada.

Es de noche; en el convento reina el silencio y la calma; todo está envuelto en tinieblas; sólo en el claustro derrama temblorosos resplandores una mortecina lámpara. A su luz vese una sombra que rápidamente avanza; es un hombre a quien envuelven los pliegues de luega capa bruscamente levantados por la punta de una espada; de un ancho fieltro con plumas el rostro velan las alas y, aunque camina moviéndose con precaución extremada, el ruido de las espuelas su pasos cuenta y delata. Atraviesa el ancho claustro, la régia escalera baja, cruza el huerto silencioso, llega a la vetusta tapia, abre una puerta secreta, monta una arrogante jaca que le presenta un criado; la espuela en el vientre clava del noble animal, y parte como flecha disparada. A la puerta de un castillo la veloz carrera pára, mira receloso en torno, veloz de la silla salta, hace señal convenida que consiste en dos palmadas, ábrese al punto un postigo en la puerta blasonada, mas, en vez de la doncella que el caballero aguardaba, se presenta un embozado que el acero desenvaina, y diciendo: «¡muere, infame robador de honras preclaras!» del caballero en el pecho hasta el pomo hunde la espada.

«¡El santo al cielo ha subido! ¡Ha muerto el santo!» Clamaba en redor del monasterio la muchedumbre apiñada. En el centro de la iglesia un catafalco se alzaba donde entre amarillos cirios y bayetas enlutadas, vestido del santo hábito de frai Juan el cuerpo estaba. Murió repentinamente, y es pública voz y fama que al cielo voló su espíritu en forma de un ave blanca símbolo de la pureza de una vida immaculada.

GIL BLAS DE SANTALLANA

Nada más anticatólico que dar limosna dentro de una doctrina donde no debe haber ni ricos ni pobres, sino hermanos entre los cuales todo debe ser común, menos la mujer, según algunos Padres de la Iglesia.

Que la limosna nada resuelve, porque el hombre no se alimenta sólo de pan, que favorece la holganza y fomenta la abyección, que contribuye al desequilibrio social, cosas son que se han probado cumplidamente.

Lo que el pobre necesita, es poder desenvolverse libremente dentro de la esfera de acción que las exigencias de los tiempos señalan a las diferentes clases sociales, y no

roer en su tugurio el pedazo de pan que le arroja casi siempre el que contribuye a que no lo tenga.

Un buen consejo

«Cuán grande es tu candidez, amigo Cándido! ¡Que tu chico no sirve para nada! ¡Y qué! ¿Se necesita en España servir de algo para serlo todo? Pero, pues ello te afije y encuentras que el mozo es demasiado mujeriego para clérigo, harto pusilánime para militar, sobrado ignorante para catadrático y aun excesivamente zote para magistrado, voy a darte un consejo para que salgas del apuro. ¡Hazle político, hombre, hazle político, y estás al cabo de la calle!

Habrás tu oído decir que el arte de gobernar a los hombres y hacer dichosos a los pueblos es de entre todos el más arduo y enrevesado. Ríete de eso. Hay que desconfiar de la dificultad de aquellas cosas que se aprenden solas, sin estudio ni preparación. ¡Visto tú nunca a ningún pelafustán, extraño porretero a los misterios del pentágono, coger un día un *Stradivarius* y emular los prodigios de Sarasate! ¡Viste a un profano al arte sublime de Apol a tomar de improvisos pinceles y paleta y enjaetar, en un dos por tres, el *Pasmo de Sicilia*? ¡Viste a un peón de albañil construir el San Pedro de Roma ó a un fabricante de pucheros modelar la Venus de Milo! La política hace esos milagros. Para ser estadista no se requiere saber cosa alguna. Tal hay que estudió para ingeniero, para leguleyo, ó para militar, y de la noche a la mañana te le topas hombre de Estado, dirigiendo los destinos de su país como Sancho los de la Baratario, convertido en una potencia política y gobernando como un jerifalite.

Así es como aquellos que de nada sirven llegan a mandar a los que sirvieron para algo. ¡Tu hijo, dices, es demasiado lego para profesor! Ministro de Fomento, ordenará a los profesores. ¡Es demasiado torpe para industrial ó comerciante! Ministro de Hacienda, dispondrá del patrimonio de comerciantes é industriales. ¡Es demasiado topo hasta para abogado! Ministro de Gracia y Justicia, hará mangas y capirotos con el destino de jueces, magistrados y fiscales. Y así sucesivamente. Dirigirá la enseñanza aunque se imagine que hay que dar cuerda a los barómetros. Manejará la Hacienda, aunque crea que dos y dos son cinco. Gobernará las relaciones exteriores, aunque afirme que Madagascar está en Marruecos. La política, tal como se la hace, es el medio de que los inútiles, los vagos y los ignorantes rijan y gobiernen a los ciudadanos activos, útiles, é inteligentes. Es un delicioso *quid pro quo*.

Por torpe y desmañado que tu chico sea, amigo Cándido, alguna gracia tendrá. Sabrá al menos jugar a carambolas ó hacer jaulas para grillos. Llegue él a personaje y verá cómo le ríen la gracia. Cánovas, amén de ser hombre político, tenía cierta rancia erudición; ¡qué no se ha hablado, cielos santos de la sabiduría de Cánovas! Moyano, además de ser reaccionario, era hombre de bien; ¡cuánto no se ha alabado, santos cielos, la probidad de Moyano! A ciertas alturas todo es mérito y donaire. Hasta los vicios se convierten en virtudes y en cualidades los defectos. La tenacidad es firmeza, la perfidia habilidad, la ligereza expedición, la frescura serenidad, la audacia valentía, la timidez moderación y patriotismo la deslealtad. Si el chico a tales cumbres llega, puedes estar seguro de que sus carambolas pasarán a la historia y sus jaulas serán guardadas en arqueológicos museos para asombro de la posteridad.

Otra ventaja y no floja que tiene el hombre político sobre todos los demás hombres es la de poder alabarse a sí mismo sin reserva ni atenuación. El convencionalismo, más ó menos sincero, de la modestia, no reza con él. No es frecuente oír a un médico jactarse de su talento en el arte de curar ó a un abogado hacer alarde público de su habilidad suprema para ganar los pleitos. Desde que hay Gobiernos en el mundo acaso no haya existido ninguno que se abstuviera de semejantes jactancias. Nunca el país estuvo mejor gobernado. Nunca la patria fué más próspera. El Gobierno, celoso, vela; inteligente, prevé; entendido, remedia; afortunado, acierta. Jamás de los males públicos fueron culpables los que gobiernan a los pueblos. Jamás bien alguno llegó a los pueblos sin la intercesión de sus gobernantes. Los políticos comparten con los vendedores de especíacos el privilegio de alabar sin tasa sus diagos.

«Dirás tú, Cándido, que todas estas injustas prosperidades hallan al cabo su sanción en el inapelable fallo de la historia? ¡Temes el juicio de la posteridad! ¿Te espanta la perspectiva de aquella fama infame de que nos habla Cervantes? ¡Cuanto te engañas! Dos hombres han gobernado a España desde hace veinticinco años. Paz, riqueza, colonias, prestigios y honor: todo se ha perdido por efecto de su gestión. Pues uno de esos hombres, vivo, tiene erigida una estatua en el pueblo de su naturaleza y aguarda el momento de volver a gobernar el país al que llevó al desastre. El otro, muerto, es honrado y enaltecido como político insigne y estadista sin par, asombro de inteligencia, portento de carácter y desahado de patriotismo. Desengáñate: las naciones son hembras y gustan de ser pegadas. Muchos siglos hará que la memoria de varones justos y humanos que pasaron por la tierra haciendo bien se habrá sepultado en el olvido, cuando todavía perdure, tema de apreciaciones apasionadas y contradictorias, el recuerdo de esos otros que causaron a su patria males mayores que aquellos que para ella hubiesen deseado sus más mortales enemigos. —«Haceos hampon», dijo el austero Claudio Frollo a su travieso y endiablado hermano Juanito. —«Hazle político, Cándido», te digo yo ahora con referencia a tu inútil hijo. Y en el fondo es la misma cosa.

ALFREDO CALDERÓN

¡A LA FRONTERA!

La mayoría de los españoles están aterrados ante la probable contingencia de que la peste bñónica invada a España.

No comprendo ni se me alcanza el por qué de esa alarma, cuando tan fácil es a un pueblo esencialmente católico como el nuestro, el salvarse de esa invasión aterradora ganando la voluntad divina por mediación del Ministro de Gracia y Justicia ó en su defecto por la del Nuncio de S. S.

Comprendo que se dude de la eficacia de los recursos humanos que el señor Dato emplea con el deseo de evitarnos días de luto y desolación, pero no que pueda dudarse de los divinos.

Un pueblo que se gasta anualmente una respetabilísima suma de millones en adorar a Dios y en conservar rolizos y satisfichos a sus sacerdotes, comete un sacrilegio digno de excomunicación, por el sólo hecho de juzgar al sumo Hacedor como un ingrato que no sabe agradecer los sacrificios que nos imponemos para que no deje de visitar sobre nosotros el bálsamo de su inagotable misericordia.

Arzobispos, obispos, canónigos, curas, frailes, monjas y beatos de ambos sexos que maneáis a vuestro antojo con novenas, rosarios y demás elementos espirituales la voluntad del Altísimo: pedidle humildemente que nos libre de la peste que nos amenaza, y para que resulte la obra más memoriosa, dirigidos en procesión con todos los santos, santos y demás atributos religiosos que creáis necesarios, a la frontera portuguesa.

es bueno enseñar y lo que conviene ocultar; muchacha, es una flor que no tiene derecho a abrir sus pétalos sino en ciertas condiciones y con el asentimiento de la familia; se le enseña la coquetería ese arte de las negativas previsoras y de las huidas que atraen; mujer, está dispuesta para desempeñar su papel en la triste comedia de los amores conyugales; preparada para representar el personaje que debe, lo hará como comediante de raza.

Hay, sin embargo, naturalezas intrépidas y leales desmañadas amantes de la verdad y la franqueza para plegarse a las exigencias de extrategia tan villana. En estos caracteres tan bien templados, dicen los labios lo que el cerebro piensa; sus disgustos, sus protestas, sus indignaciones salen de aquéllas como la revelación de sus aspiraciones y su ideal.

Si son obreros, vense arrojados a la fábrica como ovejas sarnosas que pueden contagiar al rebaño; si comerciantes, pierden la clientela y el crédito; si funcionarios, son destituidos; si escriben, rómpese su pluma; si hablan, condenáseles al silencio de la prisión; sus mejores amigos los juzgan comprometedores, sus parientes reniegan de ellos, su propia familia no les perdona el haber osado alzar una voz vengadora enfrente de la mentira socialmente organizada y la multitud, feróz, los trata de malhechores; indolgentes, los llama locos. Tatúfe es rey; ¡él triunfa!

Dirigid a vuestro auditorio las zalamerías más bajas, las más viles adulaciones y os aclamarán; decidle la verdad, le será desagradable y se reirá de vosotros.

Y luego se asombran de que en el seno de la hipocresía universal el individuo sea embustero y engañador, astuto y artero, diplomático y habilidoso, diestro y disimulado!

Fingir sorpresa por esto es el colmo de la falsedad. Todo le grita: «Miente y engaña». Y engaña y miente; su interés se lo ordena, su educación le incita, su porvenir depende de ello, el ejemplo es contagioso, la corriente general le arrastra. Esto es lógico.

(Continuad)

Biblioteca de «El Motín»

El dolor universal

FOR

Sebastián Faure

su pecho los fusiles de la fuerza armada. Es el nuevo método de persuasión reservado a nuestra época, pero dudo que pueda hallarse gente que sepa apreciar sus bondades y admirar sus ventajas. De suerte que hoy, como en tiempos del fabulista

«La raison du plus fort est encore la meilleure.»

Arisco, disputador, áspero, renidor, violento; gy cómo no ha de serlo aquél cuya existencia no es más que un calvario doloroso, ese comerciante presa de las angustias del vencimiento, ese dependiente obligado a aguantar el mal humor de sus jefes, ese obrero forzado a sufrir las exigencias del patrono y las reclamaciones del casero, ese sin trabajo, llamando en vano a las puertas de todos los talleres? ¡Y todos los desgraciados, los desbancados, los vencidos, los triturados, los frutos secos, pueden acaso ser buenos, dulces, acomodaticios, ellos que en la lotería de la existencia nunca han logrado tener un número bueno; ellos, de los que se pierde la cuenta de las decepciones y deberes; ellos, que gastada la vida retorcense las manos con desesperación porque ya no es tiempo de volverla a empezar; ellos, que no excitán la memoria con la existencia de los antiguos compañeros que han prosperado? Sus corazones están llenos de odio, de resentimiento, y sus bocas prontas al insulto, a la grosería.

¡Oh mujeres consagradas a esos desventurados, sed indul-

gentes con vuestros maridos, y comprended que si á veces os maltratan, mucho más que su mal carácter ó su violenta naturaleza, tienen la culpa las humillaciones que los obligan a aceptar en silencio por el afecto que os tienen y el recuerdo de los angelitos de quien son el único sostén.

Preciso es también considerar que las luchas sostenidas con la naturaleza por nuestros antepasados, así como el estado de guerra incansable en que vivieron, han dejado en nuestra sangre un atavismo, que lejos de ser sofocado por el medio social, por él se desarrolla. El nacionalismo arma los pueblos unos contra otros y no contribuye poco el militarismo á favorecer en nosotros el desarrollo de los instintos hereditarios de acometividad y salvajismo.

La bondad, en fin, se toma casi siempre por debilidad y hasta por estupidez. Ser demasiado bueno—como si fuera posible serlo demasiado!—es sinónimo de ser demasiado tonto, en tanto que la ferocidad pasa corrientemente por energía, y el hombre violento y duro toma sin trabajo la carta de la virilidad.

¿No se necesitaría un milagro para que en tierra pedregosa se abriera esa flor tan delicada y fragante, la más bella acaso de todas, la mansedumbre?

(4) EL INDIVIDUO ES EMBUSTERO

¿Conocéis un placer mayor que el dejar á la boca decir lo que rebosa del corazón—ex abundancia cordis?—¿Sabéis de un goce más dulce que el de expresar sin rodeos los sentimientos que se experimentan? ¿Existe un suplicio más cruel que el de ponerse una máscara, desnaturalizar sus emociones, conducir sus labios a mentir?

Por mí respondo sin vacilar: No, á esas diferentes preguntas y tengo la convicción de que pocas personas, en el fondo, piensan de otra manera. Y, sin embargo, ¿dónde están los que se muestran tal como son, los que hablan francamente, los que son verdad?

Todo el mundo miente ó falsea alguna cosa. El elegido falta á su programa, el magistrado á la justicia, el cura á su

misión, el niño miente á sus padres, el marido á su mujer, el criado á sus amos; el comerciante falsea sus balances, el industrial falsifica sus productos; todo se vuelve arteria, engaño, doblez. La cortesía no es á menudo más que un barniz halagüeño que disimula todas las hipocresías, la diplomacia sólo es el arte de mentir habilmente, y en estos tiempos de democracia, la sociedad es únicamente una gigantesca antecámara á donde afluyen aparatosos cortesanos y pretendientes melosos. Más aún, es como un teatro colosal en cuyo escenario todo es ficción, fantasmagoría, ilusión; los personajes se agitan con trajes prestados en actitudes estudiadas y falsas, con palabras convencionales en los labios, expresando fingidos sentimientos. Desgraciados de los *Saint-Jean bouche d'or* (San Juan pico de oro); sus adversarios los persiguen, y sus mismos amigos, desconfiando de su franqueza que estiman peligrosa, los tienen rigurosamente alejados.

Viejos vacíos, gastados, impotentes, acometidos de corrupción incurable, únanse en nombre de una gazonería miserable que disfrazan con la palabra virtud, para predicar una moral contra la que se sublevan la naturaleza y la razón; esos pingajos, esas ruinas, esa imaginación desvergonzada descubre en todas partes aparente ó oculto lo pornográfico, logran poner en movimiento el mecanismo judicial y pidan á los magistrados que condenen en nombre de la moral ultrajada, al arte y á ciencia.

Es de buen tono afectar sentimientos que no se tienen, indignaciones que no se sienten, simpatías y ardores para los que el corazón esté cerrado, pudores que no rozan siquiera la epidermis. Lo que hay en el hombre de más mentiroso es la mujer. Créese generalmente es por naturaleza más callada, más astuta, más disimulada; es muy posible pues la herencia—uno de los factores que engendran al ser social—puede bien haber dejado en ellas tendencias particulares al engaño, á la mentira. Siglos ha que su inferioridad social, las sujeciones que se le han impuesto, los prejuicios y los sofismas con que ha sido amamantada—y todo esto agravado por su debilidad física,—han tenido forzosamente que predisponerla especialmente al artificio y al engaño. Desde muy pequeña aprende lo que se debe decir y lo que conviene callar; lo que

Es fácil que sedis vosotros las primeras víctimas del contagio, pero qué os importa, si vuestra misión en este mundo pecador es únicamente alcanzar la gracia divina sacrificándoos por vuestros semejantes?

Al imitar a Cristo en su cruento martirio, no sólo realizaréis una obra redentora fin de siglo, sino también lograréis a la par que la gloria, una eterna inmortalidad en el eterno calendario zaragozano.

Seguid sin dudar ni temores el leal consejo de este excomulgado ateo que vive envuelto en las tinieblas del error, pero que acaso adjuvante de sus infernales ideas si aceptáis ese calendario benéfico para vosotros y para la descaída oveja que alimentáis con el verde heno que crece en las incomparables praderas en donde se solaza la corte celestial.

Dirigidos en rogativa a la frontera portuguesa, y yo os juro por Satanás, mi rey y señor, que si tal hacéis y además os ataca a todos sin excepción la peste bubónica, me arrojaré arrepentido ante vuestros propios altares y dirigiré a Dios esta oración:

¡Gracias, Dios mío, por haber limpiado a esta pobre España de la peste... clerical!

José MOSQUERA CARTÓN

Vigo 22 Agosto 1899.

¿QUÉ COMERÁN?

Permíteme ¡oh, Juan amigo! que te diga una cosa que se me ocurre, y te haga una pregunta cuya contestación me sacará de una duda que no puedo resolver por más vueltas que le doy.

Creo que ni los calores, ni el miedo a la peste bubónica te habrán quitado a ti ni a tu familia las ganas de comer.

Y tengo esta creencia fundándose en que los remilgos y la inapetencia suelen ser propios de las personas finas y delicadas y no de gentes ordinarias y vulgarotas como tú y los tuyos.

Continuad, pues, con tan buen apetito como de costumbre y llenando la andorga.

Y de que la llenéis no me cabe duda, porque os veo muy tranquilos y pacíficos.

Pero, dime; ¿de qué la llenéis?

¿De alimentos como las demás personas? Ca, hombre; no puede ser.

Los artículos comestibles se han hecho de lujo, y los honrados tenderos, con la complacencia del Ayuntamiento, les han puesto unos precios que están fuera del alcance de la gentuza miserable y desarraigada de tu clase.

¡Si me querrás hacer creer que con los siete reales que ganas puedes pagar el soto no en que vives, comprar los guisapos con que tú, tu mujer y tus cinco chiquillos cubris los huesos, y que aún te queda dinero para comer!

No; a mí no me la das.

¡Si apenas podréis comer pan!

Verás como te lo demuestro.

Supongamos que trabajas toda la semana y que en ésta no hay ninguna fiesta. Son seis días hábiles, y a razón de 1 peseta 75 céntimos, cobras los sábados 10 pesetas 50 céntimos.

Supongamos que eres un *mandria* que no te atreves a ir a tu casa sin el jornal completo y un *roñoso* incapaz de convidar a unas tintas a tus compañeros, y entregas los cuartos a tu mujer.

Supongamos que la guardilla o el sótano donde habitas no te cuesta más que 10 pesetas 50 céntimos al mes. Son 2 pesetas 45 céntimos a la semana, porque el casero no te rebajará los domingos.

Ve llevando la cuenta.

Supongamos que tú, que estás en la obra trabajando como un bestia de sol a sol, eres además de *mandria* y *roñoso* un hambriento que no puedes dominar la incontinencia y no te conformas con menos de dos panceillos diarios. Como la semana para cobrar no tiene más que seis días y para comer siete, resulta que tú solo te zampas en la semana 1 peseta 75 céntimos de pan.

Supongamos que así como tú eres un *marica* que ni te emborrachas ni juegas al mío, tu mujer es una vanidosa y puesta en puntos que no le gusta que tú y los chiquillos vayáis hechos un asco, y se baja al río como una señora un par de veces a la semana a lavar los trapos, y en ese higiénico *sport* desfilara entre alquiler de banca, tendero y jabón 50 céntimos.

Supongamos que ella, más morigerada que tú y menos sibarita, cree que tiene bastante para alimentarse con un panceillo diario. A la semana importan 87 céntimos.

Supongamos que a los chiquillos los podéis arreglar al día con panceillo por barba, dándoles de moquetes lo que les falta de tarugos. Son 5 panceillos, por 7 días, 35 panceillos, que importan 4 pesetas 38 céntimos.

Total: que pagas por casa, lavado de ropa y pan en la semana 9 pesetas 95 céntimos. Hasta 10 pesetas 50 céntimos que ganas, te sobran 55 céntimos semanales, para que os vistáis como unos duques toda la familia.

Ya ves, Juan, que por esa cuenta sencillísima, que no falla ni tiene vuelta de hoja resulta que en tu casa no puede entrar ni aceite, ni patatas, ni arroz, ni garbanos, ni judías ni nada de lo que se ha dado en llamar alimento de los pobres.

Y habrás advertido que el bacalao, la carne y el tocino no los he nombrado ni por casualidad.

Juan: ¿qué coméis tú y tu familia? ¿Quieres contestarme?

Esperando tu respuesta, hago votos porque continúes siempre tan pacífico y tranquilo como ahora para recoger de tenderos, tahoneros y concejales.

José CINTORA

La Verdad integrista de Castellón gruñe así:

«Y maldita sea la libertad en sus causas y en sus efectos; en su nacimiento y en su desarrollo; en su vida intelectual y mate-

rial; en sus principios filosóficos y prácticos y especulativos, y en todo cuanto toca, y en el aire que respira, y en la boca que habla, y en el corazón que siente, y en la cabeza con que piensa, y en el aire que le da vida. Y maldita sea en sus hombres, y en sus códigos, y hasta en la esencia de su ser».

¡Eh! ¿Qué tal? Estilo acabado de excomuniación. Se están ensayando estos callejones por si llegara lo que sueñan. No van a llevar flojo desengaño, ni van a ser palos los que se avecinen en sus costillares.

¡Ah caraduras! De esta vez acabáis para siempre. Id haciendo examen de conciencia, con dolor de corazón. Y de trasero, que es donde recibiréis los puntapiés que os reservamos.

SITUACIONES GEMELAS

En el capítulo 11 del tomo séptimo páginas 125 y 126, dice Teodoro Mommsen, autor de la célebre obra *Historia de Roma*, al enumerar los desastres sufridos por el gran pueblo en los tiempos de la restauración Silana:

«Hay que preguntar a quién debe referirse la causa de este mal inaudito e incurable? Cuántos debían ser los acusados Poseedores de esclavos, que no tenían más sentimiento que la codicia; soldados sin disciplina; generales cobardes, incapaces o tolerantes; demagogos del Forum, buscando siempre falsas ilusiones, todos ellos tenían su parte de culpa, o mejor dicho, ¿quién Romano habría que no fuese responsable? Declásele insistentemente que estas desgracias, estas vergüenzas y este colosal desmoronamiento no podía proceder de uno sólo; así como la grandeza de la República romana no se debía a algunos hombres de genio superior, sino que procedía de una agregación cívica poderosamente organizada, así también la caída del edificio procedía, no de los actos de un corto número de individualidades funestas, sino del vicio de la desorganización general. La gran mayoría del pueblo estaba pervertida, y corroidos cada uno de sus pilares, contribuía por su parte a la ruina de todo el edificio; las faltas cometidas por toda la nación, las pagaba la nación entera. Erase injusto, cuando viendo en el poder la expresión última y concreta de la ciudad, se le proclamaba el único responsable de todas las enfermedades, incurables o no, del cuerpo social; pero lo que había aquí de verdadero es que el poder contribuía en una proporción desmedida a las faltas de todos».

«El poder cesa de ser legítimo, cuando no sabe gobernar; y el que tiene la fuerza, tiene también el derecho de derribarlo. Es por desgracia una verdad, que un poder incapaz y criminal puede pisotear por mucho tiempo la honra y la fortuna de un pueblo, antes de que éste produzca hombres que, apoderándose de las terribles armas por él forjadas, las vuelven también contra él; antes que se subleven los buenos, y que la opresión y la angustia de las masas evoque al fin la revolución, esta vez justa sin duda. Es muy cómodo y provechoso jugar con la felicidad y la honra de las naciones, y puede este juego durar muchos años; pero llega la triste hora en que el pueblo se cansa y arroja al jugador al abismo, y nadie acusa entonces al hacba que, cortando el árbol de danosos frutos, arranca también hasta sus raíces».

Al cabo de veintitantos siglos hay un pueblo, España, que, salvando cuestiones de detalle, se encuentra como el que se pinta en ese acabado cuadro.

La democracia salvó entonces al pueblo romano. ¡Salvará al español ahora!

Su deber es, y jay de ella sino lo cumple! España será borrada del todo de la lista de los pueblos civilizados, pues las hordas clericales acamparán completamente sobre su suelo.

Y nosotros, los que nos llamamos demócratas, mereceremos morir quemados en las hogueras que esas hordas enciendan; por cobardes, por viles...

EL CULTIVO DEL TABACO

Sigue la racha. Nada menos que 600.000 plantas han sido arrancadas, durante el mes de Julio, en Cuevas de San Marcos (Málaga), y 50.016 en Benamejil (Córdoba).

Y menos mal que todavía no son llevados al patíbulo los cultivadores de dicha planta, por el enorme crimen de perder dinero y trabajo para dotar a su patria de un cultivo y una industria que aumentarían los ingresos del Tesoro español y ocuparían miles de braceros.

¿Por qué los periódicos de gran circulación no se ocupan detalladamente de este asunto, aun cuando no le dedicaran tantas líneas como a las funciones de Iglesia y a los de toros?

Prestarían un gran servicio al país.

Cartas de monja

II

Señor don José Nakens.

¡Viva Jesús! ¡Vivaas!!!

La paz del Señor sea con usted.

¡Válgame Dios y lo que ha gustado a esta comunidad de indignas hijas de Pedro Nolasco la carta de usted, contestación a la que me atreví a dirigirle exhortándole a dejar el pecado! Ha sido tanto, mi señor don José, que Sor Desprecio de Herodes dice que no pára hasta que sea usted nuestro capellán y confesor.

Por mi parte he de afirmarle que nuestra usted ya las mejores disposiciones para la santidad al confesar, como lo hace en su fervorosa carta, que le tiene sin cuidado que las personas de la Trinidad Beatísima sean tres o las que convengamos; que Jesucristo está sentado ó de pie, a la derecha ó a la izquierda del Dios Padre ó del Padre Dios (modo elegante y nuevo de hablar de la

divinidad) y todo lo demás que enseña la Sacrosanta Religión Católica. Si a usted le tiene sin cuidado que sean verdad los dogmas de la fe, es que está usted muy cerca de ser creyente, y creyente a macha-martillo.

Lo grave es lo que añade de no estar dispuesto a dar un cuarto con motivo de que el hijo sea engendrado y el Espíritu Santo procedente, pero esta dificultad la salvará usted si se entrega a la práctica de la oración mental y vocal.

¡La oración mental! La oración mental sería para usted un medio de encamarse de un golpe en lo más alto de la perfección.

¿Que cómo la ha de hacer? Pues es muy sencillo. Se queda usted solo en un cuarto con poca luz, se pone de rodillas, se santigua, y se figura, por ejemplo, que está usted viendo la «huida a Egipto».

Con la imaginación se representa al vivo aquella feliz y bienaventurada borrica, que sus rebuznos, observa el movimiento de sus orejas, se mira en sus ojos, aspira su aliento, y dice lleno de compunción: «¡Oh, dichoso animal; quién hubiera podido estar en tu lugar y llevar a cuestas a la Virgen y al Niño! ¡Cómo tu cara ó tu hocico me enamoran muy mucho más que todas las bellezas mundanales! Y aquí llora usted muy de veras el haber mirado ó besado, ¡Dios nos libre! caras bonitas».

Si que usted el colopio con la burra y le dice: «¡Cuanto más dulces son tus rebuznos que las pecaminosas obras musicales que en los teatros ¡el Señor nos libre de tal abominación! se cantan!»

Inmediatamente después de la burra hace usted un tierno colopio con el santo Patriarca José, extasiándose en la contemplación de sus bellezas y perfecciones. ¡Qué carpintero tan hermoso, querido don José! Mirele usted ya entrado en años, con sus barbas canosas, sus arrugas, sus manos encallecidas por el trabajo... ¿Qué es lo que se le ocurre a usted decirle? ¡Pídale usted algo, pídale, que él se lo dará seguramente».

Aquí nos concede el santo, acompañado de la Sagrada Familia, todo lo que le pedimos. El otro día, sin ir más lejos, le pidió Sor Tres Caidas que la curara de unos perniciosos dolores de cabeza que sufre, y, estando en oración, se le vino encima un candelero que le partió en dos la cabeza enferma, y, salvo las molestias de puntos que le dió el cirujano, vendas y ungüentos, no tiene novedad, y creemos todas que las jaquecas han huido al recibir el golpe del candelero.

Yo, como abadesa de esta familia religiosa, pedí al santo la caridad fraterna para todas nosotras; y aunque es cierto que el otro día las confesadas de don Parmenio se agarraron con las de don Gelasio, y hubo arañazos, hábitos desgarrados y ojos estropeados, también lo es que al punto todas se arrepintieron, y a pesar de que hace ya de esto cuarenta y ocho horas, no han vuelto todavía a zurrarse la badana.

Una bienhechora de nuestro convento se vió cercada de un número tal de desgracias que ponía espanto. Enfermo su marido, escapado de casa el único hijo que tenía y ella con unas tentaciones horribles contra la fe.

Hizo por mí consejo una novena a San José, y, efectivamente, el marido se curó, sin duda porque así convenia. Al poco tiempo supo la pobre mujer que su hijo estaba en presidio. ¡Secretos, secretos de la adorable providencia de Dios que quería probar aquel alma!

Lo malo fue que la señora se desesperó y nos ha dado el mayor disgusto de toda nuestra vida. ¿Qué dirá usted que ha hecho, correspondiendo ingratamente a las visitas que por medio de la tribulación la hizo su Padre Celestial? Tomarse un frasco de arsénico en nuestra iglesia delante del altar de la Sagrada Familia y dejando a su lado un papel escrito que decía: «me mata aquí, para que no haya más imbéciles que pidan a Dios ó a los santos remedio de sus males».

Las monjas se alborotaron, y hasta una novicia, que aún no está ducha en los caminos del espíritu, dijo que cómo San José y la Virgen no habían librado a la suelta de la tentación de matar; pero yo acallé todas las murmuraciones diciendo lo que ahora le digo a usted, y es de mucha fuerza en favor de la oración; que no sabemos lo que nos conviene y para aquella madre no había indudablemente nada mejor que la muerte del marido, el grillete del hijo y el arsénico que ella se tomó. Así convenia.

Haga usted, pues, sin descanso oración a Dios y él le dará a usted lo que más le convenga, sea un cáncer, una parálisis, la muerte de sus hijos ó un pistolazo que usted se pegue.

No en vano invocamos a Dios dándole el nombre delocísimo de Padre.

En espera de su contestación se despide de usted su admiradora y sierva en el delirio Corazón

Sor Serafines del Sagrado Silencio

(Abadesa)

Por la copia,

GIL BLAS DE SANTALLANA

Mitín en proyecto

El Circulo republicano de Madrid ha repartido invitaciones para uno que se prepara.

Persigue el Circulo republicano el ideal de una amplísima concentración republicana, dotada de la cohesión suficiente para que las fuerzas que sostienen la causa de la República ejerzan en los destinos del país influencia y se pongan en condiciones de obtener el triunfo.

Se trata de una obra de fraternidad, dice la circular, que habrá de vigorizar la acción política, hoy un tanto desorientada dispersa.

El mitín tiene por objeto estrechar los lazos que unen a los republicanos, dando el olvido, siquiera sea temporalmente, hasta conseguir la victoria, las diferencias que les dividen.

—Así fué—añade—como los republicanos franceses de 1870 lograron formar en la opinión pública la impetuosa corriente que, tras la derrota de Sedan, derribó a Napoleón.

El mitín se celebrará en Madrid el 29 de Septiembre, y firman la convocatoria los señores García Moreno, Cintora, Albert, Lavese, Lupiani y Somoza.

Varios establecimientos de esos asquerosos donde trabajan en pelo, han recibido grandes pedidos de pelucas, bigotes, barbas y patillas. Sospéchase que

los han hecho personas comisionadas por frailes de Madrid y provincias.

Esto prueba que ven encima la tormenta, y que tratan de ponerse en condiciones de desistarnos.

Me parece muy natural eso de que cada quien mire por su libertad ó por su piel. El instinto de conservación es muy respetable.

Pero al mismo tiempo creo justo dar la voz de alerta, para que llegado el caso, *reparemos en pelillos*.

ROMA Y NUESTROS PRISIONEROS

Un comisionado filipino se acercó al Nuncio en Enero último, a decirle:

—Monseñor; aquí traigo a usted comunicaciones del Comité filipino en París, en las cuales verá que Aguinaldo está muy dispuesto a entrar en inteligencia con el Vaticano, considerando que casi todos los filipinos son católicos; pero para poner en libertad a los frailes, a quienes, a pesar de sus inexactos informes, creará más el Papa que a Aguinaldo, éste suplica al Padre Santo se digne enviar un Delegado imparcial, que vaya a cerciorarse de la aptitud del clero filipino para ocupar los obispos, pues Aguinaldo no quiere nada ya con los frailes, y además, que escuche las reclamaciones de los párrocos filipinos, que echan de menos los fondos de las iglesias parroquiales que son propiedad de los municipios ó del Estado, fondos que varían en cada pueblo (y hay unos mil pueblos) de dos a cuarenta mil pesos, y que por ende suman no pocos millones. Estos fondos se los llevaron los frailes que los administraban.

El Nuncio contestó destempladamente: —Quiere decir que Aguinaldo es como bandido que pide rescate, antes de soltar a los frailes.

—Aguinaldo no pide más que lo que es propiedad del Estado ó del clero filipino, si así usted quiere; no pide nada para sí mismo. Los bandidos son los frailes, que se han llevado lo que no es suyo.

—Pues bien, el Vaticano por dignidad no se doblegará a las exigencias de Aguinaldo y prefiere que éste mate a los frailes, antes de ceder a vuestras imposiciones.

—Pero, señor ¡si no imponemos nada! Sólo venia yo a pedir un comisionado imparcial que sobre el terreno nos escuchase. Y se marchó el filipino a transmitir a Aguinaldo la brutal contestación del Nuncio en Madrid.

Enterados los filipinos de ello, la Asamblea de Malolos decretó acto seguido la separación de la Iglesia y del Estado, y el clero filipino, que es más partidario de Aguinaldo que del Papa, está dispuesto a declararse en cisma si el Papa no le hace justicia y no atiende a sus derechos.

Pero los fondos parroquiales no parecerán por eso Aguinaldo exige de España la intervención del Papa; pero éste no quiere intervenir, prefiriendo que mueran los frailes prisioneros, según el Nuncio.

¿Y para esto envía España gruesas cantidades a Roma?

El Vaticano es tan egoísta como los frailes que han salvado su pelleja, y que en España y en Hongkong están disfrutando de las riquezas que reclama Aguinaldo; y suponemos que éstos preferirán también, como el Nuncio, que mueran sus hermanos los prisioneros, antes que ellos vengan a disputarles sus grandes opulencias.

Silvela por su parte está dejando pasar el tiempo y echa la culpa a los filipinos, cuando todo el mundo sabe que desde Enero vienen gestionando en Madrid cerca del Gobierno para que ponga fin cuanto antes a tan enojosa cuestión.

Los filipinos dicen: «No pedimos rescate, sino sólo indemnización a los perjudicados en la guerra por los españoles, por los bienes embargados no devueltos, los incendios y saqueos, que no se pueden evitar en toda guerra, pero que reclaman los perjudicados; y ya se sabe que en días de revuelta no se puede ir contra la opinión so pena de morir arrastrado, como le ocurriría a Aguinaldo por más prestigios que tuviese. Ya en Octubre último fué derrotado en una votación de generales, cuando propuso la libertad incondicional de todos los prisioneros. También tuvo que salir del gabinete filipino el primer ministro de Aguinaldo, Cayetano de Arellano, por no haber podido obtener dicha libertad».

Y ahora dicen los filipinos al gobierno, que se apresure a libertar a los prisioneros, porque más tarde probablemente no pedirán seis millones de indemnización, sino los veinte millones de los Estados Unidos; pues tarde ó temprano tendrán los filipinos que pagar esa suma a los americanos. Y también dicen que, como éstos se apresuran a activar la campaña en Noviembre, los prisioneros tendrían que pasar escasez de víveres en los montes.

Los filipinos repiten a todo el que quiere oírles, que Agoncillo está dispuesto a tratar con España, pero que Silvela se empeña en deprimir a los filipinos ofreciendo pagar cierta cantidad por cada prisionero, esto es, como rescate; y que esto por dignidad no puede aceptarlo Aguinaldo.

La actual guerra filipino-americana y sus tristes consecuencias, surgió de la venta de Filipinas por España.

Dijo Aguinaldo oficialmente: «Si España, aún resignándose a ceder a los americanos Filipinas, no hubiese aceptado los veinte millones, yo hubiera empleado todos los esfuerzos posibles para conseguir la libertad de los españoles sin indemnización alguna; pero ahora no puedo, porque todos los perjudicados en la guerra por los yanquis atribuyen sus culpas a España».

Así nos lo comunica oficialmente el Comité filipino de Madrid, y, por consiguiente, no hay que dar crédito a las excusas ministeriales. El corresponsal de *El Imparcial* ha dicho que los filipinos están muy dispuestos a dar libertad a los prisioneros y que toda la dificultad está en el Gobierno español, que se empeña en esperar el término de la guerra con los americanos, para no pagar la indemnización que piden los filipinos.

Pero entonces habrán muerto ya los prisioneros, lo que celebraría seguramente Silvela, porque así no tendría que pagar indemnización alguna.

¡Tanta tacañería para los que cayeron peleando por la patria, y en cambio se prodigan los millones para el Clero en el presupuesto!

R.

El 50 por ciento de rebaja en los precios de los billetes, ha hecho la Compañía del Norte a los que han ido al Congreso carcatólico de Burgos. Y a sus familias. Es decir, a amas y sobrinas, puesto que la mayoría de los concurrentes son presbíteros.

Que pretendan unos obreros trasladarse de un punto a otro para trabajar, y no le perdonarán ni un céntimo, aunque por ello revienten de hambre sus familias.

Los que manejan ese ferrocarril son, por lo que se ve, partidarios de untarle el rabo a los cochinos gordos. ¡Y viva la religión, y al pobre que lo ahorquen, y si puede ser en día de fiesta, mejor que mejor!

EL AHORRO

—Creed firmemente, amados oyentes míos—decía a sus feligreses el cura del pueblo desde lo alto del púlpito—que no tenéis derecho a quejarnos; sois vosotros mismos los culpables de la pobreza que sufrís. No me vengáis diciendo que las cosechas se presentan ruines, que las contribuciones os parten por el eje, que Dios no os concede ni una perruilla de su infinita misericordia. No me vengáis con tales cantinelas para pretender atribuir a la fatalidad vuestras apreturas económicas, porque no os creeré. Para todo, amados oyentes míos, para todo da la viña del Señor. Pero—¡es claro!—os enamora la vanidad del lujo, os atrae el pecado de la gula, y de este modo no es posible que vuestra suerte sea próspera ni mucho menos. Tenéis en el ahorro una tabla de salvación si queréis salir bien librados del revuelto pelágo de vuestros apuros. El ahorro, constantemente practicado, os sacará de la aflictiva situación en que os halláis, y no tendréis por qué lamentaros ni de las malas cosechas ni de la pesadumbre de las contribuciones. Casi todos los ricos del mundo deben su prosperidad a la virtud del ahorro. Sea, pues, el ahorro, después de Dios, el que os salve.

Las palabras del cura causaron mella en el auditorio, que se echó a pensar con mucho recogimiento en el consejo que acababa de oír.

Cierto que los vecinos del pueblo, si hubiesen pensado un poco recientemente, tenían no lojio motivo para reírse de la exhortación del cura, porque a costumbres morigeradas no había quien les ganase en toda la redondez del planeta que habitamos; pero como aquellos pobrecillos tenían arraigada costumbre de no poner en tela de juicio las aseveraciones de su padre espiritual, ocurrió que todos ellos atendieron a poner por obra el consejo que se les había dado desde lo alto del púlpito.

Hubo, pues, desde entonces en el pueblo una verdadera puja de ahorro. El vecino que antes mandaba hacerse un traje cada año, dejaba después transcurrir un bienio para renovar su vestidito; el que primeramente comía como uno, comió en adelante como medio; el que bebía vino se hizo completamente agnado, y así se realizaron muchas reducciones ó supresiones en otros órdenes de consumo.

¡Mas sucedió lo que forzosamente había de suceder. El tejedor, el sastre, el zapatero, el cultivador de la tierra, el ganadero, etc., es decir, casi todos los vecinos del pueblo, porque casi todos trabajaban en algún ramo de producción, se encontraron con un gran descenso en la proporción de sus labores, y con que los ahorros que hacían por un lado, después de muchas privaciones, los perdían por otro.

Ahi se las habrían dado todas al cura del pueblo, a quien no le importaba un ardite que el efecto del ahorro fuese contrario a cuanto le practicaban; pero quiso el diablo—¿quién otro había de ser?—que también la Iglesia se resistiese a consecuencia de aquella fiebre de ahorro, pues los presentes votivos eran menos que antes, y menos las misas del sufragio y los responsos que los fieles encargaban. Y entonces fué cuando el economista de soñata comprendió todo el alcance de su predicación.

¿Y qué hacer en este caso? Cantar la palinodia sería causa de bochorno para un cura que en tanto respeto era tenido por los vecinos del pueblo. El ordeno caería entonces de lo alto de su respetabilidad para convertirse en un ser vulgarote y digno de la conmiseración de las gentes. Pero no había más remedio que volverse atrás de lo dicho si se quería que los ingresos de la Iglesia no fuesen tan escasos como desde el día en que la gente del pueblo se dió, con afán digno de mejor causa, a la práctica del ahorro.

El cura reflexionó muy hondamente acerca del caso, y concibió por sacar de las aprietadas de su cerebro un pensamiento salvador. Al día siguiente de haber hecho esta reflexión para salir del trance en que se hallaba, volvió a encaramarse en el púlpito y dijo a sus buenos feligreses:

—Amados oyentes míos. Los más sabios economistas no se cansan de contar benditas de la práctica del ahorro. Yo, siguiendo las advertencias de esos sabios, os he repetido las mismas alabanzas; pero como el resultado del ahorro no ha sido tan feliz en este pueblo como era de esperar, tendremos que convenir en que la causa de este fracaso obedece a que estáis dejados de la mano de Dios. Abandonad el ahorro, si así os place; pero si persistís en esa recomendada virtud, acordéis de que las necesidades de la Iglesia son muchas y de que hay un capillo para las ánimas benditas del purgatorio.

ALVARO ORTIZ

LOS HORRORES DEL ABSOLUTISMO

En 22 de Marzo publicó el decreto convocando Cortes para el 9 de Julio.

Del primer ministerio, que se formó con Pérez de Castro, García Terreros, Ganga Argüelles, el marqués de las Amarillas, Gabat, Porcel y don Agustín Argüelles, dice un historiador:

«Rara vez se reunieron al rededor de un rey ministros más honrados, de más rectas intenciones, de ilustración más indubitable y de más limpia historia.»

Y a pesar de eso, el rey veía en cada uno de ellos un enemigo personal, y es fama que si despa- chaba en Consejo con la sonrisa en los labios, a es- paldas suyas trataba a sus ministros indignamente, les hacía cortes de mangas y les llamaba los siete años de Edoja. Ni en los presidios se da un tipo de esta clase.

Incansable en sus trabajos reaccionarios, man- dando agentes a varias poblaciones, y Zaragoza pasó por la vergüenza de que varios grupos de gentes de baja estofa, prorrumpiendo en gritos desfora- dos, intentaran el 14 de Mayo destruir la lápida de la Constitución.

Pocos días después, los señores Bazo y Erroz, secretario del rey el uno y su capellán el otro, en connivencia con el antiguo guerrillero Echevarri, proyectaron arrebatar al rey de Madrid y llevarle a Burgos. Descubierta el complot, tramado y diri- gido por el mismo monarca, Bazo y Erroz paga- ron con su vida el haberse fiado de aquel rey mi- serable.

Llegó la apertura de Cortes, y se celebró con gran magnificencia. El 9 de Julio, en presencia de la corte y de los diputados, puesto en pie, con el libro de los Evangelios delante, Fernando VII pronunció con voz firme ante el presidente y los secretarios el juramento prevenido en la Consti- tución de 1812, leyendo después con entonación clara el discurso de apertura. Hay que advertir que la noche anterior, un general, de acuerdo con el monarca, había excitado a los guardias de corps a sublevarse para impedir el acto. El juramento que prestó fué éste:

«Juro por Dios y por todos los santos Evan- gelios que defenderé y conservaré la religión cató- lica, apostólica, romana, sin permitir otra alguna en el reino; que guardaré y haré guardar la Cons- titución política y leyes de la monarquía española, no mirando en cuanto hiciere sino al bien y pro- vecho de ella: que no enajenaré, cederé, ni des- membraré parte alguna del reino: que no exigiré jamás cantidad alguna de frutos, dinero, ni otra cosa si no las que hubiesen decretado las Cortes; que no tomaré jamás a nadie su propiedad y que respetaré sobre todo la libertad política de la Na- ción y personal de cada individuo; y si en lo que he jurado o parte de ello lo contrahiere, no de- viere ser obedecido, antes aquello en que contravi- viere sea nulo y de ningún valor. Así Dios me ayu- de y sea en mi defensa, y si no me lo demande.»

Riego, que continuaba al frente del ejército li- bertador en la Isla, fué llamado por el gobierno. Llegó a Madrid el 31 de Agosto, visitó al rey, y luego a los ministros, a quienes reconvino por su ingratitude al tratar de disolver el ejército a sus órdenes. De aquí partieron, mejor dicho, se acentuaron las divisiones entre exaltados y moderados, de las cuales se aprovechó admirablemente el rey para sembrar la división y comenzar a destruir lo que había jurado defender. Varias inconveniencias de Riego, hábilmente explotadas, dieron pretexto para destinarlo de cuartel a Oviedo y disolver el ejército de la Isla.

Entretanto, el clero no se dormía. Alentados bajo cuerda desde Palacio varios curas y frailes, comenzaron a predicar ferozmente contra el siste- ma constitucional, viéndose precisado el gobierno a llamar la atención de los obispos y a prender en Murcia al perdido canónigo Ostolaza, a un mon- je jerónimo y a otros eclesiásticos.

«El clero, y son palabras de un historiador, no con la mesura y templanza propias de su alta y sagrada dignidad, sino ruda y desconsiderable- mente, hacia una tenaz oposición al sistema cons- titucional, valiéndose para ello de todo género de armas, incluidas las de la fe y la conciencia. El Nuncio pasaba notas contra las reformas eclesiás- ticas; los prelados, como los de Valencia, Barce- lona, Pamplona y Orihuela, excitaban con sus tur- bulentas pastorales a la desobediencia del gobier- no, si bien a algunos les costaba sufrir la pena de excomunión del reino; el clero inferior abusaba del confesonario para imponer a las conciencias.»

Y no contento el clero faccioso con protestas teóricas, apeló a las prácticas. El cura Merino, a la cabeza de 100 infantes y 60 caballos se sub- levó en Castilla, de acuerdo con el obispo de Osmá y Fernando VII, sorprendió un destacamento de soldados y los fusiló a todos junto al convento de Arganza.

Deshecha su partida por El Empecinado en Sal- vatierra, siguió merodeando, como el Ahuelo y como Aizquivil en Alava, Morales en Avila y Mías en Cataluña, y tantos otros cabecillas en las más de las provincias.

Los diputados acusaron al arzobispo de Burgos y al obispo de Osmá de proteger y auxiliar al cura Merino, y como quiera que el clero seguía apro- vechándose del púlpito y del confesonario para per- seguir su campaña realista, y que los obispos am- paraban aquella propaganda, los prelados de Va- lencia, de Tarragona y de otras diócesis fueron extrañados del reino, por actos de resistencia al gobierno y a las Cortes, ó de rebelión más ó menos manifiesta.

Fernando, el paternal y bondadoso monarca que escribía al gobernador de Cádiz, Villavicencio, «que abatese el orgullo de aquel pueblo discolo y suavizase su aspereza con la horeca y el terror», tramó, de acuerdo con su hermano Carlos, una conspiración con el cura de Tamajón, don Matías Vinuesa, para derrocar el sistema constitucional y exterminar a los liberales, militares y civiles. Denunciada en las Cortes por el respetable don José María Calatrava, fué preso el cura; y en vista de que se trataba de salvarle para que no denun- ciara a sus cómplices, el pueblo invadió encoleriza- do la cárcel, y alguno, más exaltado que los do- mados, le dió muerte; crimen que tiene disculpa en el estado de los ánimos por los manejos constan- tes de la reacción.

(Continuará.)

¿Que cómo siguen las Oblatas de San Sebastián?—Perfectísimamente.—¿Pero no está la Superiora en la Cárcel por aquella tortilla de media docena de infelices muchachas, de las que había con- denado a trabajos forzados y nocturnos? —¿Qué ha de estar? ¿Se olvida usted al hacer la pregunta de que vivimos en

España, donde la justicia acostumbra a detenerse en el umbral de los conventos? —¿Tiene usted razón! ¿Usted dispense!

Los santos asilos

Y llegó el juez de primera instancia de Vigo, Sr. Buján, acompañado de un escriba- no, un alguacil y un médico a la puerta del convento de la Enseñanza.

Pretendiendo ver a las madres Luisa Cambra y Carmen Zanetti que, por una cuestión surgida en el convento, estuvieron algún tiempo escastradas.

Y las cuales, antes de entrar de nuevo, encargaron a una parienta ó amiga suya, que si pasado el 15 de Agosto no tenía noticia de ellas, hiciera lo que debiese, por que algo grave les habría ocurrido. Por lo visto, no había confianza en la cuadrilla.

Llegado el plazo sin saber nada, la amiga presentó la denuncia en el juzgado, y por esto se presentó el juez a la puerta del convento.

Y salió la Superiora, y enteróla el juez del objeto de su presencia allí; y ella se ne- gó a que salieran las dos monjas, pretextan- do que aquel no era día de visitas.

Insistió el juez en su pretensión y ella en su negativa, acabando por decir que no podía hacer nada sin permiso del obispo. El juez se retiró.

El día 29 volvió el juez, se presentaron las dos monjas, declararon que no sufrían malos tratos, aunque la comunidad observa- ba contra ellas gran afectación moral, pidieron la excomunión, y...

Supónese que se ha ejercido presión sobre las monjas maltratadas, para evitar un escándalo mayor; se dice que el provisor de la diócesis, que fué al convento en re- presentación del obispo, lo designó el propio ministro de Gracia y Justicia; y que entre el juez, el provisor y la Superiora conciliaron la forma en que había de tra- mitarse el sumario.

Como espero que el amigo Mosquera Carton se entere de todo y me envíe datos, ó tal vez algún artículo tratando el asunto, dejo para el número siguiente los comen- tarios a que el edificante suceso se presta, y que corrobora la opinión de los que cre- mos que hay que fumar los conventos con una piqueta el día que podamos, aun- que los Azcárate y los Muros se desma- yen coquetonamente.

El anarquismo católico

En los tiempos pasados, el Anarquismo euro- peo era católico, y católica su organización, como verá el que leyere y pensare.

Pero como la ciencia nos empuja, y la luz pe- netra hasta en las bóvedas de los conventos, el Anarquismo laico ha sustituido al católico, con todas sus consecuencias y respetos debidos.

Y digo con todas sus consecuencias y respetos, porque el Anarquismo sólo ejerce activamente en los países católicos; y, sin embargo, no ha cometi- do atentado alguno, ni contra el Papa, ni contra obispos, ni contra curas, ni contra frailes, ni contra monjas, no obstante las grandes aglomeracio- nes de peregrinos en el Vaticano, y de los llama- dos fieles en las iglesias.

Hay otras razones poderosas para que el Anarquismo laico sea enemigo del catolicismo. El Anar- quista vive de su trabajo corporal, y éste se lo ro- ban las corporaciones religiosas, dedicadas a to- da clase de industrias, cuya competencia le es im- posible contrarrestar, tanto por las exenciones de que gozan, respecto a impuestos, cuanto por la propaganda que hacen de su mercancía en el con- fesonario.

Y aún hay más que induce a suponer que el Anarquismo sólo ha cambiado de nombre. La bon- ba arrojada en la procesión de Barcelona, ni al- canzó al obispo, ni a ningún cura. Sería casuali- dad, pero dados los antecedentes del Anarquismo, las casualidades en sus vandálicos atentados pier- den el carácter de tales casualidades, y pasan a la categoría de hechos meditados.

Todos los anarquistas ejecutados, han recibido educación católica; algunos han muerto confesados y comulgados, y otros ostentando escapularios con el Corazón de Jesús.

Y por si cupiese duda aún del origen objetivo é impulso del brazo ejecutor en el Anarquismo, por más que el individuo lo ignore, véase lo que de- cía El Siglo Futuro del 13 de Noviembre de 1893, con motivo del crimen nunca bastante castigado, del Liceo de Barcelona.

«No se censan las Autoridades en buscar la mano criminal que ha arrojado la bomba en el Liceo de Barcelona, porque ha sido la Providen- cia, en justa venganza de los virtuosos frailes que fueron asesinados por los liberales el año de 1835. La Providencia es justa, y no deja crímenes im- punes.»

Si esto lo hubiese dicho un periódico democrá- tico, El Moris, por ejemplo, hubiesen ido a la cárcel el Director, los colaboradores, los cajistas y hasta los vendedores, por primera providencia, y por segunda a la horeca. Y ambas providencias hubiesen estado dentro de la Ley. Quien de tal modo afirma, es porque está en el secreto.

Y una vez ahorcados por la justicia civil, hu- biesen sido condenados a igual pena, ó a otra mayor, por la justicia eclesiástica; pues si crimen era arrojar una bomba explosiva al público que presencia una función de teatro, (en donde no había curas, frailes, ni monjas), era más crimen aún acusar de ello a la justa y sabia Providencia, por más que ésta esté representada en la tierra por hombres de carne y hueso.

«La Providencia vengando la muerte de los frailes en el público de un teatro, sin distinción de clases, sexos, ni edades, a los 60 años fechal! ¡Qué honor a la Providencia! ¡Qué heresia afir- mar que la Providencia es anarquista!»

Pero ni la justicia civil, ni la justicia eclesiás- tica tuvieron para nada en cuenta tan terrible y terminante acusación. El Siglo Futuro, órgano del jesuitismo, no fué interrogado.

Es verdad que heresías aún mayores quedan impunes; y lo que es más, que son santificadas. Los frailes jesuitas en su soberbia dominadora y sanguinaria, han arrancado el corazón de Jesús

con evidente y sacrilego desprecio de los demás miembros del divino Maestro. No cabe, pues, ni más refinado anarquismo, ni más tremenda he- resia.

Y ya puestos a destruir y a perturbar la sana razón, destruyen hasta la lógica gramatical, por lo menos, la española; porque decir «el Sagrado Corazón de Jesús», es decir que Jesús tuvo ó tie- ne varios corazones; uno sagrado y los demás por sagrar. Hoy el Sagrado Corazón es símbolo de guerra, en vez de símbolo de paz.

Nada, que el clericalismo, y muy particular- mente la fraillería y la monjería, son de oro.

Y las mujeres y los hombres que se dejan sa- quear por ellos el bolsillo y las besan, sin em- bargo, las manos, los pies y todo lo besable, és- tos, éstos son de... de... vamos, que no enuen- tro palabra para calificarlos, ni aun apelando al latín, fuente de toda sabiduría, según los neos, ó de toda burrería, según un amigo mío.

MERCURIO

Entre los objetos curiosos de la Exposi- ción de Arte retrospectivo en San Sebastián, figura la medalla de la expulsión de los jesu- itas, con esta inscripción:

Nunquam novi vos discedite á me omnes. —Ex. avg.-socie. In-memor—MDCCLXXIII —IS. CXVII—23.—Clemens XIV Pontif. max.

Los echó un Papa, y han vuelto. El día que los eche un pueblo ¿qué han de volver? Temblarán al sólo nombre de España, no hasta la cuarta y quinta generación, hasta la millonésima.

Tratándose de esa gente, supero en terri- bleza al propio Jehová.

La caridad religiosa

En las salas destinadas a mujeres de vida libre en el hospital de Santa Cruz (Barcelona), actúa una especie de tribunal de la Inquisición, presidido por una monja llamada la hermana Madrona. Se maltrata con saña a tales infelices, obligándolas a fregar los suelos, a vestir muertos, a limpiar el zambullo, a bailar en camisa hasta que caen rendidas al suelo el baile de San Vito, y se las prohíbe escribir y recibir cartas y noticias de amigos y parientes enfermos. Y como si esto fuera poco, no se las deja salir del hospital al dárles el alta, sino cuando a las monjas les parece bien.

Únase a lo anterior el que todos los en- fermeros están a media ración, y que cuando los médicos recetan a algunos vinos ge- nerosos se los beben las monjas, y dígaseme si el tal hospital no es más bien que sitio donde va a recobrar la salud, matadero donde se reúnen las reses humanas desti- nadas al consumo inmediato de los gusa- nos en los cementerios.

No me cansaré de repetirlo: las que abandonan a sus padres y echan a la In- clusa sus hijos, no pueden dedicarse a nada que con la caridad se roce. Y en estos casos está la mayoría de las mal llama- das Hermanas de la Caridad.

Leo en un periódico clerical:

«El hombre obra y Dios le mueve: tal es la bandera de los católicos en este siglo y en los anteriores.»

Esta idea me tranquiliza. Si Dios me mueve en sentido anticlerical, el sabrá por qué.

Acato su voluntad, y, en último caso, diré con don Juan:

«De mis pasos en la tierra, responda el cielo, no yo.»

Y siga la moralización del clero.

SOBRE EL INFANTICIDIO

Gente Nueva habló de un infanticidio cometido en un convento por la madre misma de la criatura. Copiamos lo que entonces dijo, como hoy esto que dice:

«...El fiscal permaneció impasible ante nuestras denuncias. Se conoce que los estrados del salón» significan para la severidad de su toga, fortaleza inexpugnable, y no se atreve a «tirar de la manta» para que no le apaste el mal olor.»

«Porque la verdad es que dan «naúseas» esos Tribunales mojigatos a quienes convencen las lágrimas vertidas a lo largo de una sotana con vi- vos purpúreos que no se ensucian por tener tiem- po ha su color negro.»

«Y qué fácil es ocultar la verdad y hacer que aparezcan como casuales los crímenes más ho- rrendos, sin que para ello tenga que rozarse la pluma mohosa del curial con el anillo de un obispo!»

«Aquel ser nacido a la vida, a quien mató su madre monja, murió al ser recogido «con cuida- do entre unas sábanas...» ¡Qué casualidad!»

«Eso dice el autor del «sobresimiento libre» dictado por la Sala cuarta de la Audiencia de Ma- drid.»

«Tuve con miedo, se conoce, los señores del margen de que compareciera en el banco criminal la «blanca toca.»

«Y unido a esto el ruego incansante de un «mal sacerdote», hizo que se doblara la vara de la jus- ticia, y a la noche siguiente se firmó el auto de sobresimiento, los bolsillos no se desprendieron de la toga, ni la placa se cayó deshecha del pecho del magistrado, que durmió tranquilo y rezó fa- náticamente por la salvación de su alma negra.»

SEGUNDA PARTE DEL DRAMA

«Allá en un pueblo (de bandidos debe ser), y que ya no nombraremos, vive un mal cura que se quita la máscara hipócrita con que cubre su gro- tesca figura. Llegó a Madrid con el bolsillo reple- to y saca de la cárcel a su amiga Juliana. «Mil pe- setas» fuera del arca para coadyuvar a un crimen. ¡Bonito ejemplo! Si ese es el «santo oficio...» del cura, la gloria será, sin duda, con él y con la «infancia.»

«Y menos mal si el «sagrado señor» fuera el pa- dre de la criatura; pero lo triste es que aquella fué infiel; y ¿con quién? nada menos que con un mozo de Hospital. Así lo ha declarado Juliana.»

«El triste resumen de esta crónica negra es el siguiente: La justicia española al servicio de la sotana.»

«¿Qué bien marcharía la gente clerical si no hu- biese prensa? Se concibe el odio que le tienen.

Sin ella, eche usted despojos, secuestros, este-

tismos, infanticidios, todo en silencio, sin que nadie interviniera...

¿Que se enteraba él de arriba? ¡Bah! Eso era lo de menos. Es tan misericordioso, que con arre- pentirse medio minuto antes de espigar, salva- ción alcanzada. Y luego ¿quién sabe todavía si será cierto eso de que hay otra vida?

Por todo lo dicho, se explica la rabia del cleri- calismo contra la prensa... ¡Como que es su única guardia civil, su único juez, el único espejo que refleja su deformidad moral!

Y eso que todavía las nueve décimas partes de la prensa no cumple con su deber. ¡Ay de la gen- te de Iglesia el día que lo cumpla!

Ni los rabos quedarán.

Un jesuita, bruto como un cerrojo, di- jo en un sermón que desde el principio del mundo han ido al infierno más de doscientos mil millones de individuos.

Pues si el infierno está, como dicen, en el centro de la tierra, y la tierra tie- ne el tamaño que todos sabemos, el día menos pensado tendrá Satanás que po- ner en la puerta del infierno un cartelito que diga:

«No se admiten almas por falta de lo- cal.»

Enseñanza privada

La Pedagogía moderna, de acuerdo con la ex- periencia y la razón, sostiene que en colegios de ideas bajas y estrechas, de sentimientos ambicio- sos y abyectos, no pueden desenvolverse almas ele- vadas y generosas.

Y si convenimos en que la necesidad primera de una sociedad, la condición de su existencia, es la moralidad, no busquemos ésta en esos focos de corrupción donde se educan algunos de nuestros hijos; ni esperemos que mañana puedan ser útiles al sostenimiento y prosperidad de la patria, si continuamos encomendando la elevada misión de la educación a los causantes del malestar que se nota y de las desgracias que soportamos.

Los que nunca dieron prueba alguna de virtud, procuran que los niños encomendados a su direc- ción adquieran una voluntad perezosa, que se sus- trae a todo esfuerzo; una voluntad indómita, que no sabe dominar su violencia; una voluntad mo- vil, que quiere y no quiere alternativamente; una voluntad indecisa, que deja pasar el momento oportuno de practicar el bien. No es extraño, pues, que aparezcan hombres de conciencia erró- nea que toman el bien por el mal, ó viceversa, y hombres de conciencia ignorante que hacen el mal por no conocer el bien.

La educación que da la gente fe sotana es mala; y como la educación no es más que una suma de hábitos, resulta que los que poseen sus discípulos son corrompidos y perversos. De poco ó nada sir- ven después las recriminaciones é inútiles repro- ches, máxima cuando tales preceptores hacen, con su mal ejemplo, ineficaces las reprensiones y con- sejos, y transmiten a nuestros hijos sus cualidades, siempre malas, y sus numerosísimos defectos.

Pero no sólo hemos de deplorar cuanto dejo ex- puesto en este y en los artículos precedentes; de lamentar es también que esos reptiles envuene- nen la paz de nuestro hogar, pisoteen nuestro honor y sacrifiquen nuestra honra. El escénico salón de visitas es en sus colegios un punto de cita para saciar apetitos. Recordad las aficiones de los lo- yolas de Talavera, las fotografías de mujeres desnudas que el pueblo encontró en aquel centro de enseñanza, y que reconoció como otras tantas ma- mas de niños que allí se educaban.

¿Qué añadir a lo que llevo dicho, para persua- dirnos de los incalculables males que a la nación, a la familia y al individuo acarrear jesuitas, frailes, curas y monjas, que nos explotan de mil ma- neras, dan a los niños defectuosa y peligrosísima instrucción, nos engañan con la religión que pre- dicán y turban nuestra tranquilidad con sus es- cándalos é inmoralidades, siendo por todo esto ne- cesario llegar al exterminio de esos farsantes?

[Aprovechemos el primer momento que se pre- sente para arrancar de raíz tan mala hierba, y de un modo que jamás vuelva a retoñar.]

PASCUAL GIL

Barcelona 20 Agosto 99.

Dos gitanas entraron en una panadería de la calle del Barquillo y propusieron al dueño indicarle el número en que había de caer el premio mayor de la lotería. Para obrar este milagro, era condición indispen- sable *bendecir* unos billetes de banco.

El panadero sacó 300 pesetas; las gita- nas, tras de la *bendición*, las escamotearon, y se fueron gozosas y tranquilas en busca de otro parroquiano.

Si no estuviera acostumbrado a ver que curas y frailes ofrecen por dinero algo más que el premio gordo de la lotería, la gloria eterna, acaso me indignaría contra esas dos gitanas perulderas y timadoras. Y eso que no resultan simpáticas, por haber ele- gido como víctima a un panadero.

Las dragonadas

Convengo en que los jesuitas no son buenos; pero no puede negarse que hay en ellos inventi- va, ecología, chispa, en fin, para vivir de mo- nio, dominar, inmiscuirse suavemente en los asuntos políticos, hacerse dueños de las concien- cias y de las miserables pesetas de los tontos ri- cos, sin reparar en los medios, marchando como unos héroes hacia el vellocino de oro, saltando sobre todos los obstáculos.

Cuando a los gobiernos dominan, su hipocre- sia conviértese en altivez, su humildad fingida en soberbia verdadera, y ¡ay de los vencidos! esa canalla no conoce la compasión, ni olvida, ni per- dona.

Hoy que en España la chusma negra, apoyada por la chusma de todos colores, toma posiciones para dar la batalla a la libertad, y provoca, excita y llama al combate de una manera vil y rastrera, es oportuno recordar a los olvidadizos y enseñar a los que no las saben, algunas de las hazañas de esa gentuza, a fin de que los optimistas despierten de su sueño estúpido, los prudentes se preparen y todos estén alerta para impedir el triunfo de la bestia apocalíptica representada por esa secta in- munda.

Reinaba en Francia Luis XIV, ó mejor mada-

ma de Maintenon, ó mejor el padre Lachaise, ó mejor la Compañía de Jesús. El gran rey no era más que un gran mentecato dominado por su querida y por su confesor; los más áridos nego- cios del Estado tratabanse en la alcoba, y la dis- solución y la hipocresía inventaban planes infa- mes y repugnantes que si al rey daban oro, oro en mayor cantidad proporcionaban a la Compañía.

Las ideas de la reforma encarnaron en lo más sano de la población francesa: nobles, agricul- tores, industriales, hartos de las socialinas católi- cas, de la tiranía de los obispos y de la avaricia de los frailes, abrazaron la idea de Lutero como el sumun de perfección religiosa conocido en aquellos tiempos. Ni las persecuciones crueles, ni las horribles matanzas de la Saint-Barthelemy fueron suficientes a domar la fe de los protestan- tes. Ricos éstos, la Compañía de Jesús, que por conseguir sus fines no había reparado en ase- sinar a Enrique III y a Enrique IV, no había de reparar en pelillos para apoderarse de aquéllos, confiscando los bienes de los *hereses*, a pretexto de trabajar por la unidad religiosa. Como parte de aquellos bienes habían de ir a parar al poder real, pareció al gran mentecato la idea de per- las, y, en consecuencia, dió aquel golpe de Es- tado de la revocación del edicto de Nantes, conde- nando a los protestantes que no se sometiesen a la regia imbecilidad, a perder todos sus bienes y a remar toda su vida en las galeras reales.

Los jesuitas predicaban al populacho sermones furibundos y pidieron al rey y obtuvieron unos misioneros auxiliares de nuevo género. Y aquí en- tra la inventiva jesuita para convertir *hereses*.

Regimientos de soldados expatriados por todas partes, eran esperados a la entrada de las pobla- ciones por jesuitas, curas y frailes que les gria- ban: «Valor, muchachos; el rey lo quiere.» En seguida aquella soldadesca desenfrenada era alo- jada en las casas de los protestantes con orden de obrar como se le antojase. «¿Podría decirse— escribe un autor contemporáneo—que una horda de bandoleros había invadido la Francia.»

Mujeres violadas, hombres acochillados, sa- queos, incendios, destrucción completa efectuada por soldados del Estado, a pretexto de defender la religión católica. Todo esto acompañado de piporros, canto llano, hisopazos, distribución de escapularios y borracheras descomunales.

«Los soldados—dice el mismo autor—ataban un crucifijo a la boca de sus carabinas, y lo pre- sentaban a los protestantes, amenazándoles con hacer fuego si no lo besaban.»

Con tan lógica y contundente argumentación, convertían millares de *hereses*, los que huían si podían, abandonando bienes muebles é inmuebles a la voracidad de soldados y jesuitas.

¡Oh! fué aquella una gran jugada para el rey y los jesuitas.

La devota prostituta autora moral de tanta in- famia, envió a un su hermano 108.000 francos diciéndole lo siguiente: «Os suplico que empleéis útilmente el dinero. En Poitou las tierras se dan casi de balde y la desolación de los hugonotes hará que se vendan más baratas todavía.» [Exce- lente hermana y aprovechada devota! En vista de lo que los jesuitas hicieron en Francia cuando dominaban, ¿cabe dudar de que pretendieran re- sueltar en España las dragonadas francesas, con- tra protestantes, masones y libre pensadores, el día que aquí dominen en absoluto?]

Que aquí tienen auxiliares, no se puede negar; todos esos mamarrachos de las chapas son su ejército de pilletes de reserva, que servirán de inquisidores ó esbirros, según clase y categoría, ya se hacen carlistas ó republicanos. Republica- nos, si señor. Uno conozco yo de gran nombra- dia, a quien no se le cae la palabra *revolución* de los labios, suscriptor a *Las Dominicales*, masón, y qué sé yo, que ha sido *convertido*, ha bautizado los *churumbles* y tiene chapa. Verdad es que no se atreve a exhibirla.

El amigo Tomen me dice en carta que recibo en este momento, que en el Puerto hay otro gra- nula federal que ha clavado la chapa en su puerta. Por qué no han de volver las dragonadas? Esto se anima.

IGNACIO RODRÍGUEZ ABARRÁTEGUI

Injusticias

Es verdaderamente horroroso lo que le ocurre al clérigo de la diócesis de Badajoz, don José Antonio Díaz Monterrubio.

Por faltas cometidas como tal clérigo contra autoridades eclesiásticas se le procesó en Marzo del 97, y se le tuvo 18 me- ses en la cárcel para acabar declarándole libre y sin costas.

Por un acto de irreverencia cometido en un momento de arrebatado en la catedral de Badajoz se le procesó nuevamente y arre- tojó en el hospital provincial, de donde, sor- prendido y amarrado a las 12 de la noche, se le llevó a un coche, conduciéndole al Manicomio.

Y allí está, tratado con rigor extraordi- nario, sin ser criminal ni demente, audien- do en vano a las autoridades para que su causa se sentencie, privado de toda defen- sa, y, por lo tanto, sin devolvérsele la li- bertad y la honra de que se le tiene priva- do indebidamente.

Dice al hablar de este asunto *La Repú- blica de Mérida*, «que no puede ni debe ser esto de continuar sometido ese clérigo a las torturas de la incoherencia, procesán- dolo hoy para declararle inocente mañana; juzgarle como demente unos médicos y como sano otros, pero teniéndole años y años preso, con el pretexto de observarle. O se le da lo que en buen derecho reclama y libertad sin condiciones, ó se le sepulta en una celda del Manicomio para siempre. La solución del dilema no puede dilatarse: ó al vado ó a la puente»

O peca de inocente *La República*, ó no conoce a la gente alta de Iglesia. Si se ha propuesto el obispo reventar a ese clérigo, reventado será, porque el clérigo vive to- davía en plena Edad Media respecto a los obispos. Y éstos, si no disponen ya de hor- ca y cuchillo, tienen a su disposición me- dios más terribles contra aquéllos: quitar- les el pan y difamarlos, a fin de que se les cierren todas las puertas.

Pierda, pues, la esperanza de verse libre y rehabilitado ese pobre cura encerrado en el manicomio de Mérida, a menos que pronto soplen vientos de venganza popular, la única forma de justicia que va quedando al alcance de los perseg

Bazar italiano

Es de los más surtidos y esplendentes que en España existen. El Príncipe, de París; el Siglo, de Barcelona; el X ó la Unión de Madrid, no son sino pobresitos de tienda, con el establecido en la calle del Nuncio comparados.

Un poco altos tiene los precios, pero, sobre que lo bueno siempre es costoso, hay que tener presente que cuanto allí se vende está comprado en conjunto, dándose por precio la Sangre Divina de Jesucristo, Dios y Hombre verdadero.

Son, como si dijéramos, gotas de Sangre Redentora presentadas en el escaparate de un bazar con su rótulo en que está el precio en reales ó en pesetas. Son misericordias ó gracias divinas concedidas al mundo en el Calvario, puestas á la venta con el mismo erte con que la Mahonesa presenta sus bombones ó platos para bolas y bautizos. Son frutos que produjo la tierra regada con la sangre del Crucificado, pero frutos que producen mayores ganancias que todos los ultramarinos y del reino.

Flores son, perfumadas con el aliento de un Dios, y flores puestas á la venta con tanta habilidad y conocimiento del negocio como pueda tener Ramona la valenciana.

Son lágrimas de una Virgen-Madre de los hombres, pero lágrimas que se hacen valer más que todos los brillantes de Marabini.

Bazar maravilloso; modelo de bazares; comercio celestial; tráfico de tejas arriba; anaqueles que visitan extáticos y asombrados los mismos ángeles del cielo.

La Italiana! Gran bazar de efectos y gracias celestiales; precios increíbles; calidad garantizada; reserva absoluta.

Entre ustedes, señores y señoras; pasen la vista por estas vitrinas; observen la hermosura celestial de estos objetos y digan si los precios resultan fabulosamente baratos.

Tranquilidades de conciencia desde uno á veinte duros; tarjetas de entrada en el cielo para grandes pecadores á precios convencionales; sacramentos del matrimonio con verdadera eficacia para dar gracia *ex opere operato* los hay hasta de diez duros. Infinidad de misericordias de Jesucristo con los hombres, casi de balde, pues unas con otras vienen á resultar á cinco duros.

Grandes rebajas á agentes y comerciantes por menor.

¡Adelante, señores; pasen ustedes y todos saldrán satisfechos del «Bazar Italiano»!

Botas felicisimas para parientes, desde diez duros.

Coronas de purísimas azucenas virginales para doncellas que hubieren dado un resbalón mientras llegaban los papeles de Roma, por treinta reales.

Facultad para que los frailes apóstatas puedan ser canónigos, por tristes sesenta reales. Item para que los curas á quienes los fieles encargan que digan ciertas misas en determinado altar, las puedan decir donde les dé la gana, por doscientos veintidós reales. Sacramentos del Orden para cojos, tuertos ó lisados fenomenales, por ciento ochenta y cuatro reales.

Item para incluírlos ó hijos de amor clandestino, trescientos sesenta y siete reales.

Autorización para que los seminaristas se ordenen fuera de las llamadas temporales, ciento tres reales con cincuenta céntimos. Porque no es de los reales de los que se ha dicho que nada tienen que ver con las temporadas del año.

Los emutatosos ó sea cambio de un juez por otro, se expenden de esta manera:

Hasta cinco, á cuarenta y seis reales.

De seis á diez, á cuarenta.

De once á quince, á treinta y seis.

De diez y seis á veinte, á treinta y dos.

De veintuno á veinticinco, á treinta.

De veintiseis en adelante, á veinte.

Licencia para que los que no son presbíteros puedan obtener beneficios eclesiásticos, como si lo fueran, ciento veintidós reales.

Para que cualquiera puedan convertir en capilla una habitación de su casa y allí hacer decir misa, ciento veinte reales.

Para que los presbíteros cortos de vista digan diariamente misa votiva ó de Requiem, ciento sesenta y cuatro reales. Que no es cosa de que los indios, que acaso perdieron la vista trabajando por la gloria de Dios, carezcan del consuelo de decir misa por cuarenta y una pesetas que no van á ninguna parte... más que á Roma.

Para que los clérigos que se queden calvos puedan librarse de molestos resfriados, hermoseando al par su individuo con pelucas de diversas hechuras en que la corona sea figurada, ciento veinticuatro reales.

Si la corona es abierta, ó sea dejando un pedacito de calva al aire, ciento dos reales.

Por cada errata que cometan los empleados de la curia romana en los documentos que redactan, se pagará á la Nunciatura de Madrid, veinte reales.

De modo, que cada escribiente torpe que allí admiten, nos sale aquí por un ojo de la cara.

Facultad para que los eclesiásticos que no pueden rezar en el Breviario porque son ciegos ó presbiteros no recen, cuarenta y cinco reales.

Para que las monjas puedan tomar baños de ola ó de cualquiera otra clase ó ventilar un poco por esos mundos de Dios, sin peligro ninguno para su virtud, ciento veinticuatro reales.

Abolución completa para curas que hayan andado á tiros por valles y montes, doscientos dos reales.

¿Quién es capaz de enumerar todo lo que se vende en el Bazar Italiano?

Contad las estrellas del cielo, las arenas del mar, pero no intentéis contar las gracias y mercedes que por dinero se obtienen en esta verdadera maravilla comercial.

¿Como que es la misericordia de Dios en pequeñas dosis!

Las gotas de la sangre de Jesús clasificadas y puestas en tarifa!

Las lágrimas de la Virgen pesadas por quilates y vendidas mejor que los brillantes de Marabini!

GIL BLAS DE SANTALLANA

LA JUVENTUD

Desgraciadamente no hay que pensar en ella. Educada en el caciquismo y en la burocracia enervante, rumiando la alfalfa que le suministra el cuerpo de catedráticos ultramontanos que nutre las Universidades, ¡vaya usted á echar mano de los jóvenes!

Dos carreras hay en España de la predilección de las familias cursis é ignorantes: abogado y médico. Hornada de miles de una y otra Facultad salen todos los años. La generalidad de tantas sanguijuelas, ¿qué hacen? Pues convertidos ya en unos señoritos

titulados con más ínfulas que la Pardo Bazán, organizan cofradías, lidian toros, triunfan en las veladas cachupinescas, hacen de coristas en las iglesias, se distraen con las novenas, y en tan sublimes y trascendentales empresas, para bien de la Patria, se gastan el dinero de papá, hasta que cae la breva de un empleo.

Esto, en cuanto á la juventud almidonada se refiere. La juventud de abajo, la de las manos encalladas, la que trabaja y no come, y produce y á nada tiene derecho, esa juventud ¡es mucho peor! La taberna, los toros, la prostitución, el vicio... ese es su campo; para eso vive exclusivamente.

De la borrachera que embrutece al trabajo que aniquila, la juventud de abajo, sin ideas ni pensamientos ni pizca de sentido, es el más acabado retrato del asno á quien se viste y desnuda, según que el trabajo ó el pesebre le reclama.

No pensemos en la juventud: quien es capaz de despachar á un prójimo de una puñalada por la más inocente disputa, llega luego á besar la mano del miserable explotador. Y en estas condiciones, ustedes dirán lo que nos está reservado.

(La Marsellesa, Huelva.)

Y exclamó el P. Lorenzo desde el púlpito en una iglesia de Caracanto:

«En España lo que está haciendo muchísima falta es un rey absoluto.»

Al oír los murmullos que la frase produjo, reclinó velas, y prosiguió:

«...un rey absoluto» que haga buena administración, que suministre recta justicia... (Espectación)... y ese rey es... (la espectación crece): ¡El corazón de Jesús!»

Si el alcalde sabe cumplir con su deber, desde allí va á la cárcel el del Sagrado Corazón administrativo.

«Pero no es una vergüenza que un pueblo entero esté supeditado á unos miles de zánganos, desvergüenzados y rapaces?»

«Llegaremos á tener que ir á los templos con trabajo para evitar que se nos insulte tomando por pretexto á Dios?»

Triste cosa será, pero posible.

Triste... para ellos.

DIPLOMACIA RUSA

Entre los sacerdotes persas existe la clase de los «derviches» mendicantes, que se dedica á vivir exclusivamente á costa del prójimo caritativo.

Uno de ellos (habla «Frankfurter Zeitung») persiguió obstinadamente al consúl ruso en Teherán, hasta que un día se instaló bonitamente en el patio del Consulado, donde comía, bebía y dormía, sin que hubiese modo de echarle de allí, puesto que, siendo sacerdote, y por tanto inviolable, no se le podía arrojar por la fuerza.

Al fin se presentó ocasión favorable para obligarle á tomar el olivo. Al hacer reparaciones en la casa consular, el representante de Rusia aprovechó la coyuntura para librarse del enojoso huésped.

Seguendo sus órdenes, los albañiles comenzaron á construir una tapia alrededor del sitio que el «derviche» había escogido para residencia propia. Este pareció, durante algunos días, dispuesto á consentir en que lo emparedaran, mas al observar que la cosa iba de veras y que los muros llegaban á peligrosa altura, saltó al otro lado y huyó, como alma que lleva el demonio, con gran contentamiento del afilado diplomático.

La suerte de ese diplomático fué que era derviche el peñe místico; si llega á ser fraile, ó jesuita, quien sale de la casa es él. Por no citar muchos ejemplos, recordaré sólo el de la duquesa de Pastrana.

El jesuita ó el fraile, en vez de instalarse en el patio, hubiera elegido la mejor habitación de la casa, la mejor cama, y se hubiera comido lo más selecto; habría catequizado á la familia del Consúl, á los empleados, á los criados; y cuando el jefe le hubiera dicho «fuera de aquí» se habría encontrado con que todos ayudaban al fraile para echarlo á él.

Hay que convenirse: los derviches, para esto de vivir de gorra y apoderarse de lo ajeno, no sirven ni para descalzar á frailes y jesuitas.

A cada cual lo suyo.

Copio de un periódico que me presta grandes servicios cuando lo desconoigo de un clavo, que es *cacatológico*, y se pedescríbe en Orihuela:

«Era menester liquidar esos impíos que cada día escandalizan los pueblos con sus blasfemias.

Y liquidar esos políticos que nos arrastran con sus negocios.

Y liquidar esos caciques sin conciencia y esos empleados sin temor de Dios, y esos catedráticos sin religión, y esos periodistas sin vergüenza, y en una palabra: todos los liberales habidos y por haber.»

Ya os daremos liquidaciones, bandidos con careta de beatos. Por el preludio de Castellón podeis calcular la fuerza musical de la ópera que representaremos algún día sin ensayo: *El exterminio de la chusma nea*.

Hasta tanto, graznad cuanto os plazca.

Cafres bautizados

«La romería de Nuestra Señora de los Angeles, celebrada en Trelle (Orense) ha sido este año magnífica, sorprendente y llena de atractivos.

Uno de éstos ha sido una batalla entre los vecinos de varios pueblos comarcanos, á tiros, y dando al tiempo de dispararlos los correspondientes alaridos, vivas y mueras.

Para que la ilusión de estar presenciando una verdadera batalla fuera completa, se tiraba con bala, y hubo diez ó doce heridos de verdad, algunos de ellos graves.

Eso es para que aprendan á organizar festejos las capitales de provincia que tanto tono se dan con sus fiestas y no salen de los consabidos fuegos artificiales, iluminaciones y regatas.

«No está hoy en boga el realismo en todo?»

«Pues qué mejor festejo que una batalla de verdad en que haya muertos, heridos y contusos?»

Eso deja atrás á las corridas de toros, en las que raras veces hay desgracias personales.

Nada; ya lo saben los pueblos que no tengan plaza ni recintos para dar corridas.

Que den batallas de verdad, como la de Trelle, y hacen el gran negocio, siempre y cuando que

dispongan el campo de manera que no alcancen los tiros á los espectadores.»

Esto de *El Cantabrico* me confirma en la idea que en el número anterior expuse: conviene que haya muchas romerías religiosas, para ver si así nos vamos limpiando poco á poco de cafres bautizados. Que lo dudo, por que hay muchos.

Pero, en fin, caigan los que caigan, eso iremos ganando.

Un bisbe con pupila

Al buscar un obispo de los del Congreso católico alojamiento en Burgos, encontré con la espontánea y generosa oferta que de su casa le hacía una rica vendedora de verduras, y preferí aquel humilde hospedaje á otros con que le brindaron personas principales de la población.

Para apreciar bien la abnegación de ese obispo, (cuyo nombre no cita la agencia telegráfica que da la noticia), convendría saber en qué sentido hay que tomar el adjetivo *rica*. ¿En el de sabrosa, gustosa, agradable? Ya sabe entonces el lector lo que se ha hecho.

¿En el sentido de adinerada, hacendada, opulenta, acandalada, la más rica en tierras, heredades, con todas las etcéteras bastantes á suplir la definición que de la palabra da el Diccionario? Pues tampoco ha andado torpe el de la mitra.

Que una mujer así, por el honor que del acto le resulta y por lo naturalmente rumboso que suelen ser las de su clase, ha de hacer más, muchísimo más por complacer á su huésped, que las personas principales acostumbradas por educación á no traspasar ciertos límites ni aun en el obsequio.

De donde resulta que, en cualquiera de los dos casos, ese obispo es un cucuña que sabe por donde se anda, y que va á sacar de su estancia en Burgos más provecho material que sus compañeros de mitra.

Por lo tanto, prohíbo terminantemente que se hable ni una palabra más de la abnegación y humildad de un señor, á quien ya puede concedérsele permiso para andar solito por el mundo, en la seguridad de que no ha de perderse.

«Cuando la sangre de Jesucristo regenera la prensa periódica, resucitará la sociedad á la vida feliz.»

Esto dijo el obispo de Salamanca, sin advertir que asestaba un golpe terrible á lo que intenta defender.

Si á los 19 siglos de implantada no puede la religión hacer felices á los hombres sin la ayuda de la prensa, ¿para qué sirve, y á qué se reduce su poder?

El país católico

EN MADRID

Hallábase el lunes una mujer parada á la esquina de la calle de San Mateo. Llevaba falda y blusa negras, mantón y pañuelo de seda á la cabeza.

Arrancóle el aire el pañuelo y quedóle al descubierto la cabeza, completamente calva á causa de una enfermedad reciente.

Ver esto los chiquillos y comenzar á gritos, y á insultar á la infeliz, fué todo uno.

A poco, unos mil cafres (machos y hembras) reunidos en torno de la mujer, ayudaban á los chicos en su tarea, con una saña propia de un pueblo en que dominan los frailes.

Y á todo esto la mujer, sin darse cuenta de aquel griterío y aquella indignación del público!

La escena salvaje se prolongaba ya muy cerca de media hora, cuando la acosada, viéndose en peligro, salió corriendo hacia la calle de San Vicente.

¡Nunca lo hubiera hecho! En pos de ella corrieron 1.500 españoles bautizados, injuriándola fuorzosamente y arrojándole piedras enormes.

Y la pobre mujer corría y corría, presa de un miedo terrible, con el rostro desencajado y la mirada extraviada.

Pero sus perseguidores corrían más, y la apedreaban con creciente furia.

Las gentes saliendo asustadas á los balcones, los comercios cerrándose, y la desdichada sintiendo que se le acababan las fuerzas y sin saber qué hacer ni por donde tirar.

¡Cuántas escenas como esta presenciaban ó representarían nuestros antepasados, ejerciendo de víctimas los judíos ó los herejes!

Quería entrar en una tienda y le cerraban las puertas; pedía auxilio y nadie se lo prestaba; se acogía á un portal y el portero le cerraba el paso con un garrote... ¡Por algo se reza hoy tanto en España!

Así llegó á la calle del Escorial, donde sus perseguidores le alcanzaron, la arrojaron al suelo, la pisotearon, la golpearon con crueldad extraordinaria, y allí hubieron dado fin de ella, si un transeúnte no interviniera eficazmente y afirma que aquel ser en quien se cebaban era una mujer.

¡Por qué toda la infamia cometida era por haber dicho alguien que era un hombre!

Los fieras huyeron entonces, y la desventurada, con unas cuantas heridas, el cuerpo magullado y la ropa destrozada, advirtió que además le habían robado cuatro duros que llevaba en un portamonedas.

Y este suceso se ha desarrollado en Madrid sin que un guardia de orden público contuviese á las desalmadas que acaso al día siguiente irían á oír misa con toda devoción, ni á los bandidos que parodiaban los emplumamientos realizados por los carlistas y que con seguridad pertenecen á los círculos católicos, ni á los chicos que de seguro reciben educación y algo más en los colegios clericales!

Después de 25 años de misticismo, ¡este es Madrid!

EN PROVINCIAS

Santa Oliva se llama el pueblecito, próximo á Vendrell, donde unos chiclecos que van á misa todos los domingos, han realizado un acto como si ya fueran neos hechos y derechos. Siete eran, de diez, once y trece años.

Indignados con el maestro de escuela, que los había castigado varias veces por su falta de aplicación, juraron vengarse, haciéndolo el día 28 de esta manera.

Se fueron al cementerio en que estaba enterrado un hijo del maestro, niño de corta edad, le desenterraron y mutilaron horriblemente.

Después de despedazar el cadáver, lo arrojaron por un barranco, reservándose la cabeza, con la que estuvieron jugando á la pelota durante largo rato, hasta que la presencia de un individuo les hizo salir corriendo y abandonar el improvisado juguete.

¿Cuál de los dos actos es más criminal y reclama más imperiosamente que vengan á conquistarnos, no ya una nación civilizada, los moros del Rif?

No me atrevo á decidirlo. Unicamente diré que el país está ya en sazón para que vengan los clericales y establezcan el Santo Oficio. Inquisidores sobran entre la frailetería; muchedumbres bestiales abundan, lo mismo en la capital de España que en los pueblos; herejes no faltan; leña hay en abundancia, tanta nos han dado últimamente...

¿A qué se aguarda, pues, para reanudar las gloriosas tradiciones de este país salvaje?

Consultor de feligreses

Carabanchel.—¿Puede un párroco negarse á enterrar el cadáver de un niño cuyo padre es pobre, si no le pagan sus honorarios, sólo porque otro ciudadano, compadecido de su miseria, creyó obrar bien regalándole una modesta caja para el cadáver del angelito fuese enterrado más decorosamente?

Un cura tiene derecho para faltar á todo, caridad incluíxive, si en ello le va la ganancia de media peseta.

El que sea pobre debe renunciar á vanidades mundanas, como esa de que los restos de aquella carne de su carne y aquellos huesos de sus huesos vayan recogidos á la tierra.

Para las gentes de Iglesia la pobreza no es lo que dijo Jesucristo: es un crimen.

Y llenaría este número diciendo cosas por el estilo, si no se me hubiera ocurrido acudir hoy mismo al Papa en súplica de que se añada á la obra de misericordia que manda enterrar los muertos, estas dos palabras: *Por dinero*.

De esta manera se evitarán muchos disgustos y se pondrá el precepto en consonancia con la realidad.

MANOJO DE FLORES MÍSTICAS

Pasaba al anochecer un cura por la calle del Escorial y se le ocurrió decir á un joven que estaba en la puerta de una casa con unas chicas: «Oye, fulana; este cura es el que va á casarnos.»

«Cristo mío, y cómo se puso! En actitud macabra, vomitando palabras y terciado el maxilar, hizo una raya en medio de la calle, y desafió á pisarla al guapo que quisiera.

Cuando estaba entregado á tan evangélica faena, se oyó un silbido, y friáse ustedes de todos los Múrsas habidos y por haber en eso de escarbar la tierra con la pezuña y bramir y pedir quimeras!

Le hacía con tal furia, que atrajo á puertas, ventanas y balcones á los vecinos; y entre risotadas, gritos y algún que otro golpe en chisme de censurada, salió al fin de estampía...

¡Vaya un siervo de Dios! ¡Pongásele con un maitén en la mano y gran provisión de municiones tras una trinchera, y ¡que le suelten liberales!

Es verdaderamente admirable el desarrollo que adquieren los sentimientos humanitarios en cuanto un barbero le afeita á cualquier zopenco la coronilla.

A toda hora, y con cualquier pretexto, y todos los días, ¡diant! ¡diant! ¡diant! ¡diant! ya para la novena, ya para el rosario, ya para el sermón...

Y es que por este medio, el de aparentar celo religioso, trata de que lo nombren párroco el economo de Guarnamón.

¡Y si se contentara sólo con tocar! Pero no, que también catequizan niños para que dejen de concurrir á la escuela de un hombre honrado é instruido, pero no fanático, á fin de que vayan á la del sochantre, un animal de bellota que sólo sabe embutirles en la memoria el catecismo.

Que lo hagan pronto párroco, á ver si deja, en paz á las personas decentes y puede evitarse que deje sordos á los vecinos con tanto campaneo.

Sabido es que los neos ricos, para demostrar que hay fe religiosa en España, reclutan á unos cuantos lipiendos y á unos cuantos neos para llevarlos á Lourdes, pagándoles viaje y manutención y dándoles unas pesetas para gastos pequeños.

Sabido es que el viaje de la peregrinación última preparada en Castellón, suspendióse sin saber por qué. Pero ya está explicado. Fué porque algunos de los que habían tomado los cuartos, dijeron á última hora que no se embarcaban.

¿Qué hacer? ¿Dar publicidad al asunto? Se reirían los lipiendos. Así es que los neos callaron y comprometieron á otros para el viaje.

Y ahora da gusto oír á los que se quedaron con los cuartos, alabarse del timo que dieron á los que, tomándolos á ellos por cartucho de perdigones, querían dar á la opinión el timo de que en España hay mucho fervor religioso.

Y véase por donde esos que no quisieron embarcarse han ganado perdón para cien años, si no ha caído en desuso el adagio de que «quien roba á un ladrón...»

Hay en Sancejo un pobre ciego pianista, con mucha familia á su cargo.

Compadecido el bueno del párroco, y sabiendo que la música multiplica el número de parroquianos en las iglesias, se propuso protegerlo, dándole

le un sueldo, pequeño para que no cayese en la tentación de echar coche.

Y á fin de que nadie creyese que él trataba de llevarse solito la gloria de esta obra caritativa y reproductiva, ha establecido una especie de contribución musical á sus felices, dos reales de aumento en el precio de cada servicio, para el pobre ciego, bautizos, misas, novenas, casamientos...

Y tan bien ha hecho el cálculo y la combinación, que le suele quedar á él más dinero por este concepto, que el que le entrega al músico.

Esto convencerá á todos de que no hay acción buena que no lleve en sí misma su recompensa, cuando el que comete la buena acción es cura y tiene medios de cobrarse por su mano.

Las cuatro señoritas Araez que vinieron de Guanabacoa, según dije hace dos ó tres números, han tomado ya el velo en las madres escolapias de San Martín de Provençals. Como son muy ricas, sus bienes pasarán á la Comunidad el día que se recluyan en el claustro.

Los bandidos que se exponen á ir á presidio por secuestrar á gente rica, ¡qué torpes son al no hacerlo con toca ó capucha!

El prior, los canónigos y las monjas que dirigen el hospital de la Santa Cruz en Barcelona han hecho extensivo el régimen inquisitorial en el establecimiento, al manicomio situado en la hondata de Tibidabo.

En éste hacen trabajar como negros á los infelices locos, y los maltratan además, cual si trataran de compensarse con tan crísimas caricias la poca y mala alimentación que toman.

¡Caridad! No tienes nombre de fraile, cura, monja ni hermana.

La religión del Katipunan

(APUNTES PARA UN ENSAYO DE TEODICA FILIPINA)

IV

MORAL UNIVERSAL

¿Cuál es nuestro deber con Dios ó Bathala?

Mostrarle siempre y en todas las ocasiones nuestra profunda gratitud, siguiendo sus santas leyes escritas en nuestras propias conciencias. Y estas leyes de la Naturaleza que constituyen la Moral universal, igual en y para todos, se pueden reducir á las siguientes:

1.° *Amar siempre y no perjudicar á nadie.*—De modo que no sólo estamos obligados á no perjudicar, sino también á hacer todo el bien posible; ser útil á la sociedad y á todas las criaturas humanas y no humanas, siempre que podamos, como por ejemplo: socorriendo, enseñando, etc. Y especial cariño á nuestros padres, esposas é hijos, dando buenos ejemplos á los que dependan de nosotros.

2.° *Ser siempre justo y no cometer ningún exceso.*—Aquí va incluído el respeto profundo al prójimo y á los derechos ajenos, los cuales no podremos atropellar sin cometer una injusticia.

3.° *Afinarse en el propio y ajeno perfeccionamiento; ó sea, la Ley universal del progreso.*—Esta consiste en que, siendo la obra divina de suyo perfecta (no perfectible), la gloria del Creador se cifra en contemplar cómo esa perfección se desarrolla prodigiosamente en infinita variedad progresiva, á manera de un variadísimo álbum cuyo número de hojas es interminable. (1)

Hé ahí nuestros deberes con el prójimo, los cuales, como hemos visto, nacen de nuestro primer deber, que es el que tenemos á Dios.